

DECLARACIÓN y AUTORIZACIÓN

Yo: **OSCAR ANDRÉS PILLAJO GARCÍA**, con CC. **172185483-2**, autor del trabajo de graduación intitulado: **“RELACIÓN DE LA ESTRUCTURA PERVERSA Y LAS INSTITUCIONES”**. **Análisis de la perversión en la estructuración de los grupos sociales**, previa a la obtención del título profesional de **PSICÓLOGO CLÍNICO**, en la Facultad de **Psicología**.

1.- Declaro tener pleno conocimiento de la obligación que tiene la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, de conformidad con el artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior, de entregar a la SENESCYT en formato digital una copia del referido trabajo de graduación para que sea integrado al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador para su difusión pública respetando los derechos de autor.

2.- Autorizo a la Pontificia Universidad Católica del Ecuador a difundir a través de sitio web de la Biblioteca de la PUCE, el referido trabajo de graduación, respetando las políticas de propiedad intelectual de Universidad.

Quito, octubre 2018

A handwritten signature in blue ink, appearing to read 'Oscar', written in a cursive style.

OSCAR ANDRÉS PILLAJO GARCÍA
CC. 172185483-2



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

PSICOLOGÍA CLÍNICA

**DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE PSICOLOGÍA
CLÍNICA**

“RELACIÓN DE LA ESTRUCTURA PERVERSA Y LAS INSTITUCIONES.”

**ANÁLISIS DE LA PERVERSIÓN EN LA ESTRUCTURACIÓN DE LOS GRUPOS
SOCIALES.**

OSCAR ANDRÉS PILLAJO GARCÍA

DIRECTORA: DRA. MARÍA ISABEL DURANGO.

QUITO, 2018

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a mis padres por su apoyo, paciencia y amor. Ellos me han dado las herramientas y fortaleza para llegar hasta este punto de mi vida. Mis hermanas y sobrina, quienes con su ternura y cariño me dan ánimos.

A mi directora María Isabel Durango por la paciencia y guía para el desarrollo de esta investigación.

A la Facultad de Psicología de la Pontificia Universidad Católica y a sus docentes, quienes me acompañaron en este crecer como estudiante y psicólogo; y despertaron en mí el interés hacia el psicoanálisis.

A mis amigas, quienes convirtieron los años de universidad en una época inolvidable, divertida y llena de aventuras. En especial a Evelyn por su apoyo en mi disertación; y a Samantha por su amistad incondicional.

TABLA DE CONTENIDOS

AGRADECIMIENTOS	I
TABLA DE CONTENIDOS	II
RESUMEN	III
INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO 1	6
LA ESTRUCTURACIÓN DE LA PERVERSIÓN.....	6
1.1. El perverso y la castración.....	7
1.1.1. Estructuración de la perversión	10
1.1.2. Desmentida y escisión del yo.....	14
1.1.3. El significativo falo	19
1.2. Rasgos de perversión.....	22
CAPÍTULO 2	25
LA CONSTITUCIÓN DE LOS GRUPOS.....	25
2.1. Masas artificiales.....	25
2.1.1. Definición de masa.....	27
2.1.2. El ideal y el grupo	30
2.2. Ideal del Yo e identificación	35
CAPÍTULO 3	41
RELACIÓN DE LA PERVERSIÓN Y LOS GRUPOS SOCIALES	41
3.1. La identificación del sujeto en la masa.....	41
3.2. Análisis de la perversión en relación a los grupos sociales en tanto lenguaje.....	45
CONCLUSIONES.....	61
BIBLIOGRAFÍA	64

RESUMEN

La presente investigación relaciona la estructura perversa y las instituciones. La perversión es una de las estructuras que el psicoanálisis ha dado cuenta a partir del atravesamiento del complejo de Edipo, es decir, del análisis de la relación madre, niño, padre y falo. La desmentida es el mecanismo fundante de la estructura perversa, pero puede estar presente en los sujetos neuróticos a manera de rasgos.

Las instituciones son organizaciones conformadas por personas con un mismo fin. Freud ya mencionaba que la psicología social e individual no se oponen, ya que el sujeto organiza su psique a partir de las referencias que tiene de otros, en términos lacanianos, hay un movimiento moebiano por el cual de lo individual se puede pasar a lo social. El *parlêtre* toma un posicionamiento en torno al *falo* y la dialéctica del *ser* o *tener* en relación a lo que la institución ofrece.

Para que esta relación se produzca es necesario el lenguaje. Para Lacan el inconsciente está estructurado a manera de lenguaje, pues por medio del discurso se crea el vínculo social. En este sentido, en las instituciones se puede apreciar los mecanismos fundantes de las estructuras psíquicas, como la desmentida.

Se considera a la sociedad como una institución en la cual se organiza el lazo social de los sujetos. El discurso que esta ofrece en la actualidad es el espejismo de un goce pleno. Por lo tanto, se indica que en la vida social de los grupos se puede apreciar un modelo perverso, en donde se desmiente la falta.

Palabras clave: perversión, castración, desmentida, falo, objeto *a*, institución, discurso.

INTRODUCCIÓN

El presente escrito tiene como objetivo realizar una aproximación teórica en torno al mecanismo fundante de la estructura perversa, la desmentida, y su relación con las instituciones. Este interés surge debido al incremento de sucesos que parecen ser perversos en la realidad, tal es el caso del aumento de femicidios en el país a lo largo de los años. Según datos de la Comisión Ecuatoria de Derechos Humanos (Cedhu) y el Taller de comunicación Mujer (TCM) han habido 74 femicidios en el 2016, 151 en el 2017 y 51 casos hasta el 5 de julio del 2018 (El Comercio, 2018; El Universo, 2018). Otro ejemplo es el caso AAMPETRA, en donde 41 niños y niñas fueron violados por su profesor en el periodo escolar 2010-2011 (Serrano, 2017). A raíz de esta denuncia se presentan otras como la de alumnas de una academia de ballet en Quito, las cuales afirman haber sido víctimas de violación sexual (Bravo, 2017).

A partir de este panorama la presente investigación es importante, pues permite plantear la siguiente pregunta ¿son las instituciones lugares en las cuales existe la posibilidad de apreciar el mecanismo fundante de la perversión?

Lacan señala que existen tres estructuras: neurosis, psicosis y perversión. Esta última consiste en una forma en la que el sujeto se posiciona en relación al Otro. Esta particular manera de relación surge en el pasaje por el complejo de Edipo, pues es a partir de este que la estructura del sujeto se determina y se mantiene por el resto de su vida (López, 2013). El mecanismo utilizado en la perversión es la *desmentida o renegación*, el perverso se encarga de no reconocer la falta en el Otro. Él no acepta la ausencia de pene en la mujer, por lo que la castración es desmentida (López, 2013).

La estructura del lugar que Lacan llama el Otro, A, tesoro de los significantes, donde se juega la elección de las sustituciones, está marcado por una falta que Lacan escribe S (A), donde se indica que no hay en el Otro ningún significante que garantice su verdad; en otros términos, que no hay Otro del Otro (Chemama & Vandermersch, 2010, pág. 236).

En cuanto a las instituciones, estas son organismos públicos o privados que han sido creados para ejercer algún labor ya sea de carácter cultural, científica, política o social (Oxford University Press, 2018). A partir de esta definición se puede pensar en el paso de lo social a lo individual, puesto que para que se ejerza alguna función en los sentidos

mencionados son necesarios sujetos que se encarguen de este trabajo. Freud (1992) señala que no es posible pensar en lo social si se deja de lado lo individual, pues el individuo es parte de un linaje, grupo, pueblo, institución, multitud que se organiza durante cierto tiempo y con determinado fin, se ha creado una masa. Pero esta formación solo se lleva a cabo a partir de las ligazones libidinosas de los sujetos, es decir, de la forma en la que los integrantes del grupo se relacionan entre sí.

Por otra parte, la organización se da a partir del lenguaje, con ayuda de los significantes que posee, pues estos son “elementos del discurso, registrables en los niveles conciente e inconsciente, que representan al sujeto y lo determinan” (Chemama & Vandermersch, 2010, pág. 401). Con los significantes se establecen relaciones entre sujetos y por ende se puede dar un paso de lo individual a la masa, el grupo e incluso las instituciones; ya que en estas se escucha algún discurso por parte de los sujetos que la conforman. A partir de este planteamiento se responderá la pregunta antes planteada en torno a la posibilidad de apreciar en las instituciones el mecanismo fundante de la estructura perversa, la desmentida.

Objetivo general

Analizar la perversión y su relación con los grupos sociales en tanto se estructuran a partir del lenguaje.

Objetivos específicos

- Conceptualizar la perversión desde la teoría psicoanalítica.
- Exponer la constitución de grupos o masas en tanto lenguaje.
- Relacionar la perversión y la vida social de los grupos en relación al discurso y la posición del sujeto en el significante fálico.

La teoría utilizada para el presente escrito es la del psicoanálisis. El psicoanálisis nace con Freud, es una teoría que se concibe a partir de una práctica. Lacan posteriormente, hace una relectura de Freud, reinventando los conceptos y el legado freudiano. Del mismo modo hacen quienes siguen a Freud y Lacan, continúan reinventando el psicoanálisis. Braunstein

(2003) por ejemplo, define a la teoría psicoanalítica como: un conjunto complejo de conceptos articulados que se han obtenido por medio de un trabajo teórico realizado a partir de un dispositivo experimental específico que se conoce como la situación analítica. La situación analítica es un encuentro de dos personas, “analizante” o paciente que transmite sus pensamientos, ocurrencias y sensaciones sin introducir modificaciones en su relato a otra, a quien no ve mientras habla, llamada analista o terapeuta. En este encuentro se pueden detectar objetos de conocimiento específicos del psicoanálisis, las formaciones del inconsciente (Braunstein, 2003).

Las formaciones del inconsciente están presentes en la vida cotidiana del sujeto, no observables e ignorados en el discurso y actos conscientes del mismo (Braunstein, 2003). Es decir, la teoría psicoanalítica se encarga de estudiar las manifestaciones del inconsciente a partir de un constructo teórico. El pasaje por el complejo de Edipo es un proceso inconsciente que va a devenir en una estructura psíquica, ya sea neurosis, psicosis o perversión. En esta disertación se trabajará la perversión en relación a la estructuración de los grupos sociales, a partir de varios autores, entre estos: Sigmund Freud, Jacques Lacan, Marcel Czermak y Charles Melman.

El trabajo de esta disertación se realizó a partir de una recopilación de textos y fuentes bibliográficas desde el psicoanálisis, en base a los términos claves: castración, desmentida, estructura, falo imaginario, falo simbólico, masas, perversión. Posteriormente, se revisó esta literatura con el fin de realizar un análisis crítico de la información recopilada para seleccionar los textos que cumplan los criterios establecidos de acuerdo al tema propuesto: Análisis de la perversión en la estructuración de los grupos sociales.

Los textos fueron organizados de acuerdo a cada capítulo. El primero fue titulado “La estructuración de la perversión”, en donde se trabajó el atravesamiento del complejo de Edipo. Es por medio de la relación del niño y niña con el padre y la madre que tomaran una posición y su estructura se determinará. Para esto sirvieron de base varios textos de Freud como: *El esquema del Psicoanálisis* (1992d), *Sobre las teorías sexuales infantiles* (1992h), en donde se señala que la castración tiene efectos en el infante y a partir de esto se desarrollara su psique. Teniendo en cuenta esto Lacan realiza una relectura de Freud, y a partir de esto se trabajan los textos: *Del complejo de castración* (2016a) del Seminario IV: La relación de objeto; y *Los tres tiempos del Edipo* (1999d) del Seminario V: Las formaciones del inconsciente.

En cuanto al proceso de escisión del yo y la desmentida se utilizaron los siguientes textos de Freud: *La escisión del yo en el proceso defensivo* (1992e); *El fetichismo* (1992a); y *Sobre las teorías sexuales infantiles* (1992h), en donde se da cuenta de la desmentida como un proceso en los niños que con el tiempo va desapareciendo, pero que no sucede en todos los sujetos.

En torno al significante falo, teorizado por Lacan da cuenta del deseo de goce infinito del sujeto, en donde el niño en un primer momento intenta ser el falo imaginario de la madre y así completarla. El falo es un significante ante el cual el sujeto entrará en la dialéctica del ser y el tener. Lo que permite dar cuenta de la posibilidad del rasgo perverso en el *parlêtre*, esto se indaga desde el texto: *Rasgos de perversión* (1989) de Françoise Leguil; y desde varios artículos de la Fundación del Campo Freudiano (1990). Dando cuenta que el rasgo perverso es contingente en el sujeto neurótico y es necesario en la perversión.

Siguiendo con el escrito, en el segundo capítulo se indica la constitución de los grupos, lo que es una masa, el proceso de identificación y el ideal del yo del sujeto. Para esto se utiliza el texto: *Psicología de las masas y análisis del yo* (1992f) de Freud, en donde se indica que un grupo se mantiene temporalmente o se disipa debido a las ligazones libidinosas entre los sujetos y su líder. Este líder puede encarnar una idea o un ideal al que el sujeto aspira. Además, se trabajó el texto *El estadio del espejo como formador de la función del yo "je" tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica* (2002a) para dar cuenta de la relación del sujeto con la imagen especular y las posteriores identificaciones en torno a la misma.

Finalmente, en el tercer capítulo se da cuenta del sujeto como parte de la masa, en donde Marcel Czermak (1987) indica que toda vida institucional tiende a un modelo perverso en *Notas acerca de las perversiones en su relación con la vida de los grupos en "Estudios psicoanalíticos de la psicosis"*. De esta forma se utilizan textos de diferentes autores para señalar que en la actualidad se presentan nuevas neurosis, diferentes a las del tiempo de Freud y Lacan. Entre estos autores están: Danny-Robert Dufour con su texto *El arte de reducir cabezas. Sobre la servidumbre del hombre liberado en la era del capitalismo total* (2007); Jean-Pierre Lebrun con su artículo *"La perversión ordinaria... ¡aún!"* (2015); y Charles Melman con el texto *El hombre sin gravedad* (2005).

Todos estos teóricos y sus planteamientos se basan en el discurso social que se vive en la actualidad y cómo de algún modo pueden tener efectos en la vida psíquica de los sujetos. Para la comprensión y la importancia del lenguaje y del posicionamiento del sujeto frente al falo, se explican los discursos del amo y de la histérica. De este modo se articula la posibilidad de que la sociedad es una institución, en donde su discurso puede dar cuenta de un mecanismo utilizado en la perversión: la desmentida; pues incitan a los sujetos a gozar, a revivir un momento mítico, especular de goce pleno.

CAPÍTULO 1

LA ESTRUCTURACIÓN DE LA PERVERSIÓN

Freud dio cuenta en sus escritos de la neurosis psicosis y perversión, a las cuales Lacan asigna el término de estructuras, pues son formas en los que se organiza la psique del sujeto. La perversión es un modo en el que el sujeto se relaciona con el Otro al posicionarse en la estructura del lenguaje. Cada estructura se diferencia de otra de acuerdo al lugar y función de los significantes, la posición del sujeto (\$) frente a la castración y la manera de tomar un lugar en relación al significante *falo*. El mecanismo que se usa en la perversión es la *desmentida o renegación*, en la cual el perverso desmiente la existencia de la falta. El perverso se encarga de no reconocer la ausencia y desmiente la falta de pene en la mujer. Por lo tanto, la castración es renegada y considera que su progenitora sí tiene uno (López, 2013).

Para mayor comprensión de este escrito es necesario definir los tres registros que Lacan introduce en su obra: Real, Simbólico, e Imaginario. Estos pueden ser definidos en relación uno del otro. Lo Real es definido como aquello que no puede ser simbolizado ya sea en la palabra o en la escritura. Por esta razón, lo Real no cesa de no escribirse, es lo imposible, aquello que no se puede nombrar (Chemama & Vandermersch, 2010).

Lo Simbólico es una función compleja y latente que abarca la actividad humana. Esta incluye una parte consciente y una inconsciente. Además, se adhiere al lenguaje, a lo que se puede decir, a la función del significante. Por definición este registro es aquello que falta en su lugar, da cuenta de que algo se ha perdido y que no todo puede ser apalabrado. De esta forma existe la posibilidad de un encuentro con la falta, lo cual da lugar a la formación de las diferentes estructuras psíquicas. A partir de este orden, se determinan los patrones de lazo social, de las elecciones sexuales y se organizan los modelos que prevalecen en lo imaginario (Chemama & Vandermersch, 2010).

Finalmente, el registro Imaginario debe entenderse a partir de la imagen. “En la relación intersubjetiva siempre se introduce algo ficticio que es la proyección imaginaria de uno

sobre la simple pantalla que deviene el otro” (Chemama & Vandermersch, 2010, pág. 218). Este registro se asocia a lo ilusorio, la fascinación y seducción, y tiene una connotación de señuelo. Sin embargo, no quiere decir que no tenga consecuencias, pues los efectos de lo imaginario pueden presentarse en lo real (Evans, 2007).

En un primer momento, el niño registra el pene de su madre como un objeto imaginario. Con la intervención del padre y su ley (la del lenguaje), el niño se angustia por la posibilidad de la pérdida, pues ha visto que en la madre esto es algo real. Con la llegada de la castración, él se defiende de alguna manera. En la estructura perversa se recurre a la utilización de la desmentida, mecanismo que aborda los tres registros. La castración no es simbolizada, el sujeto atribuye imaginariamente un pene a la progenitora; el perverso se asegura de esto, a partir de un objeto fetiche o del ocultamiento de la falta (travestismo).

1.1. El perverso y la castración

Freud (1992e) en relación a la castración señala que el niño en sus primeros años de vida ha recibido sensaciones placenteras en su miembro sexual por los cuidados que requiere. Por esta razón, él ha aprendido a procurárselas a su voluntad por estimulación manual. El infante desea poseer a la madre e intenta seducirla mostrando su órgano viril, del cual él se siente orgulloso. Se da cuenta aquí del deseo de sustituir al padre, lo ve como si fuera un rival.

En algún momento el niño es sorprendido por sus padres o alguna persona encargada de él. A partir de este episodio la manipulación de su órgano se prohíbe, se amenaza al niño y se le indica que será despojado de su miembro. Para el muchacho esto es inconcebible, pero si a raíz de esta situación mira los genitales femeninos, a los cuales les falta aquella parte apreciada, creará la advertencia que se le ha hecho y aparecerá la angustia de castración (Freud, 1992h). En términos lacanianos, el niño entra en la dialéctica de la falta, él se da cuenta de la posibilidad de la pérdida.

En cuanto a la niña, ella no tiene nada que perder, pero reacciona ante el hecho de no haberlo recibido. Desde un inicio envidia al varón por su posesión, y su desarrollo se consume bajo el signo de esta envidia. Los efectos que esta amenaza tiene en el niño son

múltiples e incalculables, conciernen a todos los vínculos del niño con el padre y la madre, y posteriormente con hombre y mujer en general (Freud, 1992d).

Por otra parte, Lacan señala que para explicar la castración es importante hacer una diferenciación con la privación. Este último término “trata del hecho de que la mujer no tiene pene, está privada de él” (Lacan, 2016a, pág. 220). Por definición, lo real es pleno y nada está privado aquí, puesto que lo real se basta a sí mismo. Si se habla de privación en lo real es porque se ha simbolizado lo suficiente como para suponer que existe a pesar de la ausencia (Lacan, 2016a). Es decir, la privación hace referencia a un aspecto que requiere de algo real, a partir de esto se simbolizará y se dará cuenta de la castración, la cual es simbólica.

El proceso de castración parte de la relación madre-niño, una relación de deseo e indiferenciación. El niño desea saber si su presencia abastece el deseo de su madre, para envolverla o saber si aporta una satisfacción de amor. Es decir, para el niño el *ser amado* es fundamental (Lacan, 2016c).

En la relación con la madre, el niño siente que el falo es el centro del deseo materno. El infante se presenta a la madre como si él mismo le ofreciera el falo, en diversas posiciones y grados. En este momento en la relación imaginaria el niño cree que puede colmar a su madre, no solo como niño, sino también en cuanto al deseo y a su falta. Esta situación es estructurante, debido a que en torno a ella se puede articular la relación del fetichista con su objeto, el que utiliza como sustituto imaginario del pene de la madre (Lacan, 2016c).

Hasta este momento el infante se encuentra en el paraíso, no hay razón para salir de esta instancia satisfactoria. Él trata de ser el objeto de amor de la madre. Sin embargo, en algún momento el niño cae de esta situación al darse cuenta de su pene real, el cual tendrá que cumplir una imagen y tener algo que ofrecer en lo real. Él nota que puede fracasar en su tentativa de seducción y por ende ser rechazado por la madre. Lo que hace notar al niño que se encuentra en el mundo de los significantes, de la mirada del Otro (Lacan, 2016c). Puesto que los significantes lo representarán y determinarán, con lo que se desarrollara la forma en la que se relaciona con los otros.

El complejo de castración se traslada a un plano puramente imaginario en donde todo lo que está en juego es la relación con el falo (Lacan, 2016c). El falo “es aquel significante que marca lo que el Otro desea” (Lacan, 1999b, pág. 374). El sujeto está marcado por el

significante en medida que el Otro está marcado por el significante. Esto quiere decir que, siempre queda un resto, algo que el significante no puede satisfacer, de modo que el sujeto reconocerá que su deseo está tachado, como insatisfecho, “en la medida en que el deseo del Otro está tachado” (Lacan, 1999b, pág. 375).

Esta afirmación de Lacan da cuenta del orden simbólico, el cual es introducido a partir de la intervención de un tercero, el padre, y con ello se da cuenta de la Ley (Lacan, 2016a). Lacan indica que la ley es esencialmente humana, es lo que los separa de los animales, es la Ley del significante, pues “son el conjunto de principios universales que hacen posible la existencia social, las estructuras que gobiernan todas las formas de intercambio social, sea el acto de regalar, las relaciones de parentesco o las formaciones de pactos” (Evans, 2007, pág. 119).

Al marcar estos vínculos se da paso a la ley primordial, aquella que permite que sea la cultura la que rige el deseo del sujeto, siendo así la prohibición del incesto su eje subjetivo (Lacan, 2002b). En otras palabras, el niño se da cuenta que no hay una relación dual (solo con su madre), sino que el asunto se resuelve por la intervención de un tercero. Con ello se tiene la idea de que con el padre no hay forma de ganar, y que la opción que queda es el aceptar el reparto de los papeles dados. No obstante, esta solución es solo una indicación. Lo que da cuenta que los significantes están organizando la psique del niño y su particular modo de relacionarse con otros se está desarrollando (Lacan, 2016a).

En el caso del perverso, este señalamiento no será tomado tal cual, pues él desmentirá la castración de la madre. Él tiene una relación particular con el padre y con la Ley, puesto que en él esta última no tiene efecto. Lacan hacía un juego de palabras: “per” se pronuncia como padre en francés, “versión” significa “ir hacia” en latín. Es entonces que el perverso establece una relación imaginaria con el padre: no es el padre quien le transmite algo al sujeto, sino que es el sujeto quien le transmite algo al padre. Lo que el perverso anhela e intenta es una relación de igualdad en donde el Otro es pleno y completo (Eiguer, 2018).

En sí la castración es una operación simbólica que determina la estructura subjetiva. Esta no concierne evidentemente al órgano real, pero toma su base en la realidad anatómica (la ausencia de pene en la mujer) (Lacan, 2016a). A partir de esto, la subjetividad recae sobre lo imaginario debido a la intervención del padre real. La castración implica la renuncia de ser el falo y pasar a la simbolización de tenerlo o no (Chemama & Vandermersch, 2010).

1.1.1. Estructuración de la perversión

En la obra de Freud no se encuentra el término estructura pero se hace referencia a la organización de la psique en el *aparato psíquico* que él expone en “La interpretación de los sueños” para explicar la forma en que se da la formación fundamental del desarrollo de procesos inconscientes. También, puede estar diversificado en las dos tópicos freudianas: 1) consciente, preconscious e inconsciente; 2) yo, superyó y ello. En sus escritos están reconocidas los modos que se encargan de relacionar al individuo con el medio: neurosis, psicosis y perversión (Chemama & Vandermeresch, 2010).

Por otra parte, Lacan emplea el término “estructura” en sus primeros trabajos para referirse a “estructuras sociales”, a las cuales se entiende como un conjunto específico de relaciones afectivas entre los miembros de la familia. Los niños perciben estas relaciones profundamente y las internalizan en sus primeros años de vida. Posteriormente, la palabra estructura conserva el sentido de algo inter e intrasubjetivo, una representación interna de las relaciones interpersonales, la posición del sujeto con respecto a los otros sujetos, a los otros significantes y al Otro (Lacan, 2002c; Evans, 2007).

Lacan señala que el inconsciente está estructurado a manera de lenguaje (Lacan, 1987). El lenguaje permite introducir la dimensión temporal, la cual es esencial en el psicoanálisis en relación a la estructura puesto que es necesaria para el desenvolvimiento de la palabra. El tiempo de la palabra es complejo: una frase completa su significación con su último término, cada término le da sentido de los otros significantes por la relación que guardan entre sí (Chemama & Vandermeresch, 2010). De manera que la interacción de un sujeto con otros va a variar de acuerdo sus significantes.

La estructura se organiza a partir de un corte, de la relación con un tercero, de la castración. Para que se produzca la estructuración del sujeto es importante tener en cuenta el papel del padre. ¿Quién es este padre? “El padre no es un objeto real (...) es una metáfora, (...) Es un significante que viene a ponerse en lugar de otro significante” (Lacan, 1999c, pág. 179). Lo cual da cuenta de que el Otro no tiene un garante, sino que puede ser sustituido, está tachado y por ende en la falta.

Joel Dor (1989) siguiendo la enseñanza de Lacan indica que “no es necesario que haya un hombre para que haya un padre” (pág. 16). El padre tiene una función simbólica que será

representada por él mismo. Es decir, es a través de la palabra que se da la estructuración en la persona.

La función del padre es intervenir prohibiendo a la madre, la cual es el fundamento del principio del complejo de Edipo y donde el padre se vincula con la ley: la interdicción del incesto (Lacan, 1999d). Este será un tercero dentro de la diada madre-hijo, será el conductor del significante *Nombre del Padre*, el cual somete el deseo del sujeto a la ley del lenguaje. De esta forma, la persona se convierte en un sujeto dividido, ser hablante (*parlêtre*), y dará cuenta en un primer momento de que “al menos un” Padre simbólico, no está castrado y es poseedor del falo (Dor, 1989). La introducción del Nombre del Padre es el objetivo en la metáfora paterna, en la cual se hará el cambio del significante materno al paterno.

Existen diferentes alternativas de la función paterna y todas estas son dependientes del destino que se reserve al *significante de la falta en el Otro, S (A)*. “Este significante especifica ante todo la prevalencia de la castración. Es en este lugar donde el deseo del niño se cruzará con la ley del deseo del otro, la del padre” (Dor, 1989, pág. 55). Entonces, las estructuras psíquicas se organizarán a partir de la medida en la que el padre se muestre al niño como supuesto portador del falo (Dor, 1989). Pero el presentarse como aquel que tiene el falo es una apariencia momentánea, puesto que el padre también está sujeto al lenguaje y por ende es un ser en falta, regido por ley.

Es en el atravesar del Edipo donde puede surgir en el sujeto una estructura psíquica. Para esto hay que considerar los tres tiempos del mismo. El acercamiento del niño con el mundo exterior se da a partir del contacto entre él y su madre. En el primer tiempo el padre está velado, no se ha manifestado, pero eso no quiere decir que no exista. El niño es visto como un objeto, experimenta y se siente sometido al deseo de aquello de lo que depende, busca satisfacer a la madre. Es decir, *ser o no ser* el objeto del deseo de la madre. Es el deseo de la madre el que prima sobre el niño. Es por esto, que “el sujeto se identifica en espejo con lo que es el objeto del deseo de la madre (...) basta y es suficiente con ser el falo” (Lacan, 1999d, pág. 198).

En un segundo tiempo del Edipo, el padre interviene en el plano imaginario como privador de la madre y mediado por esta misma. Ella ubica, mediante su discurso, al padre como portador de la ley. A partir de esta privación se establece una relación agresiva que va del

niño hacia el padre porque su objeto privilegiado (la madre) está prohibido. Aparece así el temor a la castración (Lacan, 1999d).

En el tercer momento, el padre da cuenta que solo da el falo en medida que es portador de la ley (no *es* la ley). De él depende la posesión o no de la madre de dicho falo. Si el padre mantiene lo prometido (dar o negar) se “reinstaura la instancia del falo como objeto deseado por la madre, y no solamente como objeto del que el padre puede privar”, pues solo existe en cuanto símbolo (Lacan, 1999d, pág. 199). Es así como el significante *Nombre del Padre* prima sobre el deseo de la madre creando así la cadena de significantes: $S1 \leftrightarrow S2$ (Lacan, 1999d).

El padre aparece como el que *castra a la madre* o actualiza la castración, y priva a la misma de su hijo. Surge en este momento para el niño la cuestión de asumir o no asumir, aceptar o rechazar el despojo del falo de la madre. En caso de que el niño no acepte la privación del falo en la madre, por lo general se identifica con el objeto de deseo de ella y pasa a ocupar el lugar de falo (Lacan, 1999d).

Ante el niño, el padre se muestra como aquel que supuestamente tiene el objeto que la madre desea, y es ella quien permite que se dé el paso del *ser* el falo a *tenerlo*, siempre que se reconozca como faltante y que su hijo no la completa. En caso de no darse este reconocimiento como ser tachado, en el niño se presenta la posibilidad de que la falta no se simbolice y se presente una revocación, un rechazo permanente (de lo ya afirmado) que mantendrá con respecto a la castración de la madre. Él creerá que *es* el falo y que colma a su madre. Es así que “la atribución fálica del padre, que le confiere la autoridad de *Padre simbólico* (representante de la ley), jamás será reconocida” (Dor, 1995, pág. 57) más que para contradecirla incansablemente.

El padre ha sido el responsable que ha obligado a la madre a *comprometerse en el pecado del deseo*, imponiéndole una ley, la del deseo del Otro. Ella se ve destituida del aparente dominio que tenía sobre el deseo. El regirse al deseo del otro permite mantener una creencia de complicidad en la castración, puesto que el horror a la misma no existiría si la madre no se hubiera sometido al padre. De este modo, “el perverso puede entregarse al fantasma de un padre (...) no castrable, por lo tanto, a la posibilidad de ausencia de castración para él mismo” (Dor, 1995, pág. 102).

El horror a la castración remite constantemente al orden de la falta, con lo que el perverso no puede encontrar una salida posible al goce, excepto bajo la forma de un compromiso en el cual da su cuerpo. De modo que ante la castración, en la perversión, se crea una fantasía en la que la madre no es carente. De esta manera se neutraliza la incidencia del padre, ya que así, se supone que la madre no desea al padre. Desde este momento “el perverso puede considerarse él mismo como solo y único objeto de deseo que La hace gozar” (Dor, 1995, pág. 102). Lo que puede traducirse en que él sería imaginariamente el falo que completa al Otro, dejándolo así sin tachadura.

Con la intervención del padre se introduce al niño a lo simbólico, y así puede devenir un ser hablante (*parlêtre*), barrado, en donde se presenta una renuncia inicial al goce, pues el niño debe renunciar a la madre, ella le está prohibida. El goce es un término que Lacan introduce en el psicoanálisis y lo diferencia del placer que busca la satisfacción del deseo del sujeto. El niño intenta transgredir las prohibiciones que existen para poder gozar, y el resultado de ir más allá del placer es dolor, puesto que el sujeto solo puede soportar cierta carga de placer. Por tal razón Lacan indica que el goce es sufrimiento, pues excede el límite de placer que alguien puede aguantar; y al estar prohibido da la apariencia de que puede ser alcanzado y crea el deseo de transgredir la limitación (Evans, 2007). El goce pleno daría cuenta de una consistencia en el *Ser*, en otras palabras, quitaría la falta que existe en el Otro, pero como no es así, el goce pleno es solo imaginario (Chemama & Vandermersch, 2010).

En el caso de que no se simbolice la castración, pueden surgir los dos estereotipos estructurales comúnmente presentes en las perversiones: el *desafío* y la *transgresión*, hacia la ley (interdicción del incesto) portada por el padre. Esto se debe a que la madre despierta actividades eróticas en el niño debido a los cuidados que le presta. En caso de que ella no invalide las respuestas del niño, ni muestre deseo por el padre se puede presentar el desafío a la prohibición y por ende la posibilidad de la transgresión. (Dor, 1995).

Además, en el secreto hay un interés especial del perverso, ya que es aquí donde se puede presentar la trasgresión. Un secreto presenta la posibilidad de ser desafiado continuamente, y por esto tiene una gran capacidad para provocar la ley. La prohibición, da cuenta de la trasgresión, pues es una prueba implícita de que un secreto siempre puede ser revelado (Pardo, 2006).

Lo que el perverso desafía es la ley del padre, tiende a imponer la ley de su deseo como la única reconocida y no como una expresión de un deseo que está fundado por la ley del deseo del Otro. La ley del padre que conlleva una falta a simbolizar a través de la castración es el objeto fundamental que en la perversión se desafiará permanentemente, esencialmente en el registro de la dialéctica del ser, pues el perverso se ubica como el falo y él cree serlo (Pardo, 2006).

En relación al goce del A como meta del perverso, Lacan dice que “el cuerpo va a ser el objeto en el cual el objeto *a* y el goce hallarán su único terreno de juego” (Castanet, 2014, pág. 86). El objeto causa de deseo (*a*) es definido por Lacan como el objeto imaginario que no puede alcanzarse y que pone en movimiento el deseo del ser hablante (Evans, 2007). Entonces, el perverso buscará afirmar que “no hay goce más que del cuerpo” y no cesará de intentar el imposible de la *relación sexual*, para negar la diferencia, pero para conseguir esto deberá pagar un precio alto en el cual está implicado el cuerpo. Para llegar a este objetivo, el sujeto perverso se hace objeto, se identifica con la pérdida, *a*, en donde se ha refugiado el goce (Castanet, 2014).

El perverso se identifica con la falta del Otro, para esto da su cuerpo, intenta imaginariamente ser el garante del Otro (que no hay) para borrar la tachadura, la división y crear la ilusión de completud, con el fin de asegurar el goce pleno y completo. Según Lacan, se convierte en un instrumento que sustituye el objeto *a*, cree que él es aquello que restaurara el goce perdido del Otro. “De esta forma el perverso degrada la relación simbólica, que lo hace sujeto de la ley y del deseo, a su dimensión dual, en espejo, puramente imaginario” (Castanet, 2014, pág. 92).

1.1.2. *Desmentida y escisión del yo*

Freud (1992h) da cuenta de la desmentida, como un aspecto que se puede apreciar en la infancia. El niño a corta edad se empieza a preguntar por la forma en la que nacen los bebés, ya sea porque ha tenido un hermanito o porque ha visto a un bebé a su alrededor. Ante esta interrogativa, los padres suelen evitar responder a sus hijos o inventan alguna historia poco acercada a la realidad. Sin embargo, los niños no creen esto en su totalidad,

se dan cuenta de que hay un engaño y empiezan a sospechar que existe algo prohibido para ellos. De este modo ellos acuden a desarrollar teorías sobre la sexualidad para responder sus preguntas, Freud indica que por lo general son los “varoncitos” los que las elaboran.

La primera de estas teorías “*consiste en atribuir a todos los seres humanos, aun a las mujeres, un pene, como el que el varoncito conoce en su cuerpo propio*” (Freud, 1992h, pág. 192). En caso de que el niño llegue a ver los genitales de una hermana, señalan en forma de consuelo “Ella tiene... pero todavía es chiquito; claro es que cuando ella sea más grande le crecerá” (Freud, 1992h, pág. 192).

El desconocimiento del niño en torno a los genitales femeninos (internos y externos) y sus respectivas funciones permite que, él plantee la segunda de sus teorías. “*Es preciso que el hijo sea evacuado como un excremento, una deposición*” (Freud, 1992h, pág. 195). De este modo el niño no considera que la mujer sea la única que puede dar a luz, ya que, si los hijos nacen por el ano, el varón también puede hacerlo.

La tercera teoría surge en los niños cuando por alguna razón son testigos del comercio sexual de los padres, ya sea que lo vieron o escucharon algún ruido. “*La concepción sádica del coito: ven en él algo que la parte más fuerte le hace a la más débil con violencia*” (Freud, 1992h, pág. 196).

Las dos primeras teorías dan cuenta de la *Verleugnung*, denegación, renegación o desmentida, mecanismo utilizado en la perversión. Sin embargo, en los niños esta cede poco a poco por la interdicción del padre, y el infante en algún momento se da cuenta de su origen sexual (el deseo de la madre hacia el padre y viceversa) (Lebrun, 2015). En el caso de que la desmentida se mantenga se podría hablar de un sujeto perverso.

Para explicar con mayor claridad la desmentida es importante tener en cuenta la conformación del aparato psíquico, puesto que diversas instancias intervienen en la organización de la vida de las personas. El núcleo de este aparato es el *ello*, una instancia psíquica que busca la satisfacción de pulsiones orgánicas. La pulsión es definida por Freud (1992g) como la frontera entre lo anímico y lo somático, es una *representancia*, puesto que no hay una representación de la misma porque esta se desplaza, proviene constantemente del interior para tratar de satisfacer un deseo en el sujeto (Aguirre, 2018).

Las pulsiones desean la satisfacción del órgano con ayuda de objetos del mundo exterior, y están compuestas por impulsos de vida y de muerte o destrucción en varias proporciones. El *ello*, intenta cumplir con este deseo constantemente, pero la satisfacción instantánea sin una evaluación del mundo exterior puede provocar conflictos en el sujeto o incluso poner en peligro la vida (Freud, 1992d).

El *ello* no siente la necesidad de tener en cuenta la seguridad del sujeto (de su supervivencia) solo se preocupa de la satisfacción. A pesar de esto puede desarrollar angustia, pero no valorarla. Esta instancia está en cierta medida separada del mundo exterior y por esta razón tiene su propio mundo de percepción. El *ello* es muy sensible al momento de registrar tensión en relación a la necesidad de sus pulsiones que devienen conscientes en sensación de placer-displacer. Pero queda en pie que las percepciones y sensaciones del *ello* gobiernan imperantemente su forma de manifestarse. Parece ser que las otras instancias psíquicas tampoco son capaces de cancelar el principio de placer, sino que solo lo modifican en torno al contexto en el que la búsqueda de satisfacción se manifiesta (Freud, 1992d).

Otra de las instancias psíquicas es el *yo*, en donde se manifiesta lo inconsciente y “sede de la conciencia” (Chemama & Vandermersch, 2010, pág.453). Se desarrolla a partir del *ello* y guarda contacto con el mundo exterior (la realidad objetiva). Su función es examinar la exigencia pulsional que viene del *ello* y decidir si la satisfacción de esta es aceptada o no. De este modo el *yo* elige la forma de actuar del sujeto, teniendo en cuenta las posibilidades de esa decisión y la experiencia previa (Freud, 1992d).

De esta forma el *yo* decide si el intento tendrá como resultado la satisfacción de la pulsión o si debe ser desplazado total o parcialmente de acuerdo a la evaluación que hace de la realidad. Esto da cuenta que el *yo* se encarga de la seguridad, se ha propuesto la tarea de autoconservación, su función se da en dos sentidos: defender su existencia del mundo exterior que amenaza con aniquilarlo, y contra un mundo interior muy exigente, puesto que el *ello* tiene como objetivo la ganancia de placer (Freud, 1992d).

El *yo* a partir de su relación con el mundo externo se encarga de formar lazos con otros sujetos y da cuenta de la permanencia de objetos en la realidad, es decir, tendrá en cuenta los objetos previamente vistos y la posibilidad de su reencuentro. No obstante, es probable que existan alteraciones en esta instancia psíquica y por ello se presente una cancelación o

debilidad en el vínculo con otros (Freud, 1992d). La desmentida supone una modificación en el *yo*, ya que modifica la realidad para no dar cuenta del objeto perdido, pues lo que hace es presentar un objeto que no hay, la presencia de pene en la mujer (López, 2013).

En el caso de no tener un reencuentro con el objeto (en la realidad externa) surge la angustia. Esta siempre es angustia de castración en el sentido de la pérdida, separación, del pene. El *yo* tendrá que defenderse ante esta angustia de alguna forma. El sujeto trata de neutralizarla con algún mecanismo, la represión y la renegación o desmentida. En la neurosis se utiliza la represión, encargada de rechazar lo afectivo de las representaciones, mientras que en la perversión se hará uso de la desmentida, refutando la falta, ya que no se puede negar algo que no existe, como lo es el pene en el caso de la madre y de esta forma recomponiendo la realidad (López, 2013).

La desmentida es el negativo de lo negativo. En álgebra, en la multiplicación se aplica el principio de que el producto de dos signos negativos da como resultado uno positivo: (- x - = +).

Al trasladar esto al psicoanálisis se tiene que en la realidad se presenta un menos (ausencia de pene), la desmentida está encargada de añadir un negativo (un menos) más a los factores de multiplicación, no percibir la ausencia, deja siempre intacta la posibilidad de la presencia. (López, 2013, pág. 67).

El perverso en una primera instancia acepta la castración y la angustia que esto conlleva. Sin embargo, el proceso defensivo que se utiliza es complejo, de manera que la lógica perversa requiere un mecanismo específico, diferente a la represión, que opere en el rechazo a la realidad de la castración. Este mecanismo es la renegación, que surge en el mismo momento en el que se debe aceptar la castración, es decir, aparece cuando el Nombre del Padre surge como interdictor (Pardo, 2006).

En este proceso se da una primera negación que busca mantener a la madre como instancia suprema, carente de falta. En la segunda negación, el niño reconoce que el deseo materno está en otra parte y no en su propio ser, por lo que negará que él no pueda representar la totalidad de lo que ella desea y, por ende, que a la madre le falte algo (Pardo, 2006). “En el registro consciente del sujeto se asegura que no existe algo al negar que lo niego, pero al hacerlo, queda su afirmación en el registro inconsciente” (López, 2013, pág. 70).

Esta negación se ve refutada por la prueba de la realidad, la diferencia de los sexos. El descubrimiento del sexo femenino permite que se sepa que hay un goce del cual la madre está excluida, y que solo puede acceder a él con la mediación del padre. Como se vio en el complejo de Edipo, la castración supone que la madre fue castrada por el padre, posteriormente la madre es deseada por el padre y viceversa. En este punto falla el perverso, refuta lo dicho para así mantener a la madre como imagen fálica. Lo que mantiene a la madre como un ser sin falta y a la vez sin deseo, haciendo referencia a la completud (Pardo, 2006).

El niño deberá decidir si renuncia a la complacencia pulsional o si desmiente la realidad, es decir, instalar la creencia de que no hay nada que temer con el fin de mantener la satisfacción. El perverso hace las dos simultáneamente, por un lado, rechaza la realidad objetiva (la falta de pene en la madre), no se prohíbe nada, y por el otro asume la angustia, entendiéndolo que puede sucederle y que busca defenderse de la misma (Freud, 1992e).

El mantener las dos reacciones contrapuestas se alcanza bajo una partición en el yo, de la cual el sujeto nunca se reparará, sino que se ira haciendo más grande con el tiempo. De este modo se creará un núcleo de una escisión del yo. El niño recurrirá a crear un sustituto del pene, un fetiche, así se crea un desplazamiento del valor que el órgano tiene en alguna otra parte del cuerpo, pero este proceso solo afecta al cuerpo de la mujer, en cuanto al pene de él nada se modifica (Freud, 1992e).

Freud, en el Fetichismo (1992a) señala que el objeto fetichista da cuenta de que el hombre no reconoce la falta del pene en la mujer (en especial en la madre), desmiente la percepción sensorial genuina. Por esto, el fetichista recurre a “algo otro”, ya sea una parte del cuerpo o a una cosa que se le da el valor del pene que no puede faltar. Este fetiche tiene como fin renegar la castración, destruye la prueba de su posibilidad, ayuda a escapar de la angustia que esta conlleva. Este objeto fetiche es la marca de que existieron dos fuerzas opuestas, la represión y la renegación, aceptando la castración y la angustia, pero al mismo tiempo rechazándolas concluyentemente (Freud, 1992e; Pardo, 2006).

El fetiche viene a indicar que la madre tiene y no tiene el falo al mismo tiempo, pues gracias a este objeto se puede negar la diferencia sexual. Es un sustituto que se encarga de recubrir, enmascarar, ser un velo en la imaginización de la ausencia del falo materno (Castanet, 2014). Lo que llama la atención del sujeto no es el objeto causa de deseo (*a*),

sino “el velo que cubre a este objeto, a punto tal que el perverso coloca la causa de su deseo sobre este velo, inscribe la práctica fetichista sobre este velo mismo que esconde el objeto de deseo que sería el falo” (Leguil, 1989, pág. 11). El perverso viene así a desmentir el deseo de la madre por el padre, con ello la ley de la interdicción del incesto y la del deseo.

La elaboración de este objeto fetiche da cuenta de cómo se da una formación de compromiso entre dos corrientes psíquicas contradictorias. Una que se encarga de verificar la ausencia de pene en la madre y otra que le atribuye imaginariamente el pene que se supone le falta con el fetiche. Esta operación indica que es posible que dos representaciones inconciliables entre sí coexistan en el aparato psíquico al mismo tiempo (Freud, 1992e). Es por esto que la desmentida supone un reconocimiento intolerable que ha sido rechazado, con el que se introduce un desplazamiento específico del discurso perverso, señalado como escisión del yo o *spaltung* (López, 2013).

Es así que en la perversión no se llega a separar totalmente su yo de la realidad externa, puesto que la representación que reprime (la ausencia de pene en la madre), permitirá que exista un desarrollo sexual hacia la genitalidad. Es por esta escisión psíquica o del yo que se puede entender la existencia de rasgos neuróticos en la perversión (López, 2013).

Estos dos mecanismos, la desmentida y la escisión del yo, son considerados como rasgos específicos en la estructura perversa, es la forma en la que se da la configuración del Edipo en los perversos. De manera que la falta, encarnada por la diferencia, en el perverso permanece inaccesible a la simbolización (Pardo, 2006).

1.1.3. *El significante falo*

Para definir lo que es un significante Lacan parte de la *marca*, indicando que esta es una huella de una experiencia pasada, por lo que tiene el carácter evanescente de que siempre quede algo allí. En el momento que la *marca* es borrada, la huella se constituye como un significante, puesto que tendrá un valor particular para el sujeto de acuerdo a su experiencia vital (Lacan, 1999a).

El significante es una unidad constitutiva del orden simbólico, lo cual permite que el sujeto se estructure. Por tal razón, es en el atravesamiento del complejo de Edipo en donde queda una *marca* por la angustia de castración, de manera que se inaugura el inconsciente (Evans, 2007). Lacan (1999a), señala que el sistema de significantes se forma a partir de las relaciones que el sujeto tiene con el Otro y los otros. Entonces, la característica del significante es sustituirse a sí mismo. Lo importante es el lugar que el significante ocupa en el Otro, pues permite representar y determinar al sujeto (Lacan, 1999a).

Si el significante es un vacío, es en cuanto testimonio de una experiencia pasada. Inversamente, en lo que es significante, en el significante plenamente desarrollado que es la palabra, siempre hay un pasaje, es decir, algo que es un más allá de cada uno de los elementos que están articulados y que son, por su propia naturaleza, fugaces, se desvanecen. Este pasaje de uno a otro constituye lo esencial de lo que llamamos la cadena significante (Lacan, 1999a, pág. 351).

El significante es algo que puede ser borrado y dejar su lugar, es decir, ya no encontrarse ahí. Una de sus dimensiones es poder anularse, tacharse a sí mismo. De este modo adquiere un valor simbólico, al ser borrado pasa a ser un significante, y con esto el mismo obtiene un estatuto propio que puede ser revocable. En otras palabras, no es fijo, pues va a tener un valor particular en cada sujeto (Lacan, 1999a).

En cuanto al término falo, Lacan (1999a) indica que su origen se encuentra en la antigüedad griega, el *phallos*. Este no es absolutamente idéntico al órgano como perteneciente al cuerpo, prolongación, miembro, y función. Sino que se emplea a manera de simulacro, una insignia, cualquiera que sea la forma en la que se presente. Es un sustituto que tiene una propiedad de sustitución-signo. En los Misterios Antiguos lo relacionado con el falo era objeto de amputación, de marcas de castración o interdicción cada vez más enfatizada. Es por esto que “el falo siempre se encuentra cubierto por la barra puesta sobre su acceso al dominio significante, es decir, en su lugar en el Otro” (Lacan, 1999a, pág. 356). El lugar en donde se manifiesta la castración del Otro y donde lo que se marca por la barra significante es el deseo del Otro.

El falo no es el pene, aunque se utilice este como una representación visual. “El falo es el símbolo de la ausencia del órgano” (Castanet, 2014, pág. 70). Lacan (2015b) señala que el falo es un significante a partir del cual se organizarán los efectos del significado. Es decir, a partir del falo se presenta la organización psíquica del sujeto. En sí el falo es el lugar

simbólico de la falta, el agente alrededor del cual gira el deseo del sujeto, el significante del deseo. “Desempeña un papel de símbolo al instaurar una relación entre presencia y ausencia” (López, 2013, pág. 100). Y por lo tanto permite que el objeto de deseo sea cambiante y no pueda ser representado.

El falo como significante tiene un lugar que consiste en “suplir el punto donde, en el Otro, desaparece la significancia (...), de ahí el valor privilegiado de este significante (...), que es el significante del punto donde el significante falta” (Lacan, 2008b, pág. 264). Puesto que no todo puede ser dicho o escrito y por esta razón se da cuenta de la inconsistencia del Otro. El significante fálico es la *marca* del deseo, con la amenaza o nostalgia de la carencia de tener. El sujeto ha de encontrar su lugar de objeto deseado respecto del deseo del Otro, lo que permite que el *parlêtre* entre en la dialéctica del *ser* y el *tener* (Lacan, 2015b).

Lacan diferenciará al falo simbólico Φ o *Phi* del falo imaginario, llamado pequeño ϕ o *phi*. Indicará que “solo el falo imaginario puede dar “cuerpo al goce” en eso que solo lo imaginario puede unir, juntar, dar consistencia o hacer cimiento. Lo simbólico en cambio, corta, separa, aparta” (Castanet, 2014, pág. 100).

El falo imaginario hace referencia a la imagen del pene como un objeto parcial que puede ser separado por medio de la castración. Para el niño, en la fase preedípica, el falo imaginario es percibido como el objeto de deseo de la madre, el objeto con el cual el niño trata de identificarse. Es el representante de lo que cubre la falta materna, la castración (Lacan, 2016c). El complejo de Edipo y el complejo de castración presumen la renuncia al intento de *ser* el falo imaginario (Evans, 2007; Surmani, 2014).

Por otra parte, el falo simbólico es el significante que viene a partir de un elemento imaginario. Evans (2007, pág. 89) cita a Lacan (1960), indicando que “El falo simbólico es lo que aparece en el lugar de la falta del significante del Otro. No es un significante ordinario, es la presencia real del deseo en sí”. Además, el falo simbólico es el que permite que el sujeto masculino y femenino asuma su sexo, como el ser partícipe del juego de la presencia-ausencia, es decir, de la sexuación: la forma en la que hombres y mujeres se relacionan con su propio sexo, se reconocen y se diferencian (Chemama & Vandermersch, 2010).

1.2. Rasgos de perversión

La perversión como estructura es diferente a la presencia de un rasgo en el sujeto. Por esta razón es importante hacer la diferenciación, indicar qué es un rasgo perverso. A menudo se indica que el proceso de *Verleugnung* es propio de la perversión y que no se encuentra en la neurosis. Sin embargo, Freud señala en su texto el Fetichismo (1992a) que “probablemente a ninguna persona del sexo masculino le es ahorrado el terror a la castración al ver los genitales femeninos” (pág. 147). Lo que permite señalar que ante esta angustia puede aparecer la desmentida en el sujeto, por esto se puede decir que el rasgo perverso es transestructural (Leguil, 1989).

Existe diferencia entre la desmentida usada por el neurótico y el perverso. En la perversión, esta ocupa un lugar determinante, “el lugar que la colma de ese pánico y que la hace gritar que el trono y el altar peligran. En el neurótico, en cuanto a él, supera esa impresión” (Castanet, 2014, pág. 75). En otras palabras, para el perverso la desmentida es fundamental, ya que sin esta no se mantendría la ilusión de la consistencia del Otro.

En cambio en la neurosis el sujeto está dividido y su fantasma ($\$ \diamond a$) da cuenta de esto, puesto que es el lugar de la castración, donde él puede concordar o no con el objeto de la pulsión, es decir, con aquello que no se sabe que es, que se persigue y una vez satisfecho se desplaza. El *parlêtre* se da cuenta que aquello que lo movía era otra cosa. Este fantasma separa al sujeto del objeto, pero al mismo tiempo permite que exista una relación entre ellos (Fundación del Campo Freudiano, 1990b; Leguil, 1989). Para Freud el fantasma supone una representación imaginaria, consciente, preconsciente o inconsciente en la que puede estar de cierta forma disfrazado el deseo (Chemama & Vandermersch, 2010).

El perverso, a diferencia del neurótico, no se siente dividido porque se identifica con este objeto, su acto es dividir a otros, poner en un acto la división del otro y colocarse a sí mismo en el lado del objeto. De manera que en la perversión se presenta la siguiente fórmula: $a \diamond \$$ (Fundación del Campo Freudiano, 1990b). El sujeto perverso se instrumentaliza para hacer emerger el objeto que viene a colmar al Otro, es decir, con el acto perverso divide a los otros individuos y hace gozar al Otro, él cree saber cuál es el objeto a , y de esta forma trata de obturar su falta. El neurótico logra aproximarse a esta

experiencia en el rasgo de perversión, puesto que encuentra un modo limitado de no sentir la división e interesarse en los efectos que su rasgo provoca en otros (Leguil, 1989).

Françoise Leguil (1989) al explicar el rasgo de perversión lo diferencia del síntoma. Pues define a este último como ponerse a merced del Otro, por ser circunstancial e inestable, representa la falta de goce del sujeto y es por esta razón que deja la posibilidad de la esperanza, de alcanzar dicho goce, con lo que se entraña la ilusión del cambio. Es por esta razón que todo fantasma en la neurosis tiende a la perversión, a alcanzar el objeto que desea y así decir que puede completar al Otro. “Un síntoma es un nudo dónde se articula la falta en ser de aquel que habla, la falta de goce y la falta de bien decir (...) El neurótico se queja de la falta allí mismo donde tendría que experimentar el sentimiento de una pérdida” (Leguil, 1989, pág. 8).

Por otra parte, en el rasgo de perversión se trata de ir hacia el Otro asegurándose que se dé lo mismo. Es una garantía para el sujeto cuando se enfrenta a la diferencia, o sea al Otro sexo, es decir, consiste en poner al Otro a merced del sujeto. “Un rasgo de perversión no deja ninguna esperanza porque se trata de ponerse al servicio de un goce que hace existir al Otro” (Leguil, 1989, pág. 8). Trata de “servirse de la falta allí mismo donde el neurótico se queja, para decir que la pérdida es impensable”. Pertenece a alguien que pretende saber hacer con la falta del Otro. “La perversión es un saber hacer con el goce, por eso es rutinaria. Todo saber hacer es rutinario porque cuando se sabe hacer algo, no hay razón para cambiar” (Leguil, 1989, pág. 8).

Los rasgos de perversión pueden verse en la neurosis y la perversión, pues en cada una cumplirá una función. En la neurosis el rasgo de perversión es contingente, de esta forma elige inconscientemente no saber cómo goza el Otro, plantea este goce como inaceptable. Él lucha contra este goce como si fuera un militante de la igualdad, con su rasgo de perversión puede hacer un intento de negar la castración, indicando que todos gozan del mismo modo (Leguil, 1989).

En cuanto al perverso, el rasgo de perversión se revela como necesario, él se convierte en instrumento de goce del Otro planteando al mismo como voluntad (inconsciente) y mostrando la verdad de la castración a su compañero, pero desmintiéndola el mismo. En el caso de la psicosis, el rasgo perverso es una forma de lo imposible, pues este está seguro de que el Otro goza (Leguil, 1989).

En la neurosis, el rasgo de perversión funciona sin la aprobación del otro. El sujeto no se implica allí como pregunta, sino como un garante del goce del Otro. En caso de que el neurótico se involucre en una realización perversa como pregunta y no con la seguridad de hacer gozar al Otro, siente culpa y vergüenza. Por otro lado, el perverso llega al acto en nombre de la verdad, es por esto que se repite continuamente porque está hecho para que no cambie. Esta verdad en la perversión tiene que ver con un mostrar temporalmente lo que está detrás del velo, con una sorpresa, con algo efímero, es él quien le enseña al neurótico que el objeto de deseo se escapa. Esta verdad de la que se habla no consiste en traspasar el límite, sino en demostrar que el límite es la verdad del acto mismo (Leguil, 1989).

Los rasgos de perversión son inventados con el fin de suplir la inconsistencia del Otro (Fundación del Campo Freudiano, 1990a). Pues como se mencionó antes, no hay un garante del Otro, no todo se puede significar y esto da cuenta de la falta y del deseo, y por ende del posible intento del sujeto de alcanzar un goce pleno, pero imposible.

La realidad sexual relaciona al sujeto con el objeto puesto en la pulsión. “Aquí el sujeto intenta “hacerse al ser” a partir de la identificación a un objeto sustituto del objeto que falta en la relación sexual” (Fundación del Campo Freudiano, 1990b, pág. 94). Es por este intento de hacer posible la relación sexual que, en el fantasma de la neurosis hay siempre algo que se acerca a la perversión, que la toca. De manera que así se puede pensar en los rasgos de perversión en la neurosis. Ante la inconsistencia del Otro, el neurótico intenta escribir o hacer algo: una forma de reemplazo donde acomoda el rasgo perverso (Fundación del Campo Freudiano, 1990b). Pero esto no es un proceso consciente, sino inconsciente en donde se juega la particular forma en la que cada sujeto atravesó su complejo de Edipo y las disposiciones que permiten en cierta medida desmentir la introducción de la Ley (del significante, deseo, interdicción del incesto).

CAPÍTULO 2

LA CONSTITUCIÓN DE LOS GRUPOS

2.1. Masas artificiales

Al tratar las masas artificiales es importante tener en cuenta la psicología individual que en un movimiento moebiano permite pensar en la psicología social. En otras palabras, parecen ser diferentes pero al indagar en ambas se nota que están interrelacionadas como si fueran una sola, tienen una continuidad (Evans, 2007). Freud (1992f) ya indica que la psicología individual está relacionada al “ser humano singular y estudia los caminos por los cuales busca alcanzar la satisfacción de sus mociones pulsionales” (pág. 67). En la vida psíquica del sujeto, el otro sirve como modelo, objeto, auxiliar o enemigo; y por esta razón desde la psicología individual puede leerse una psicología social (Freud, 1992f). De manera que se puede hacer el paso de lo individual a lo social, puesto que el sujeto tiene relación al Otro, lugar a ser representado, lo cual tiene como efecto que haya relaciones entre sujetos y de esta manera se constituya el lazo social.

Al hablar de lazo social, se plantea al sujeto en su relación al semejante, en tanto hay identificaciones pero también diferencias. Es por esto que, la psicología de las masas trata al individuo como miembro de un linaje, un pueblo, casta, en sí como integrante de una multitud organizada en forma de grupo durante cierto periodo de tiempo y con un determinado fin (Freud, 1992f). Por esto, si hablamos de lo social nos tenemos que referir a lo individual.

Freud (1992f) planteó que, en un grupo, a partir de esta articulación pueden manifestarse fenómenos bajo particulares condiciones, que dan cuenta de la exteriorización de una pulsión especial: la pulsión social; que en otras situaciones no aparece. De esta forma se puede observar diversas maneras en la que se constituyen las masas, que puede tener su inicio en un círculo estrecho como el de la familia.

Si se tiene en cuenta que la psicología “explora las disposiciones, mociones pulsionales, motivos, propósitos del individuo hasta llegar a sus acciones y a los vínculos que mantiene con sus allegados se diría que se hubiera dado solución a los enigmas” (Freud, 1992f, pág. 69). Sin embargo, hay nuevos fenómenos en los cuales indagar, como el comportamiento de un individuo a quien aparentemente se había llegado a comprender, es capaz de sentir, pensar y actuar de manera diferente a la que se esperaba cuando se encuentra bajo una determinada condición: la de estar incluido en una multitud, identificándose con la masa (Freud, 1992f).

Freud (1992f), indica que las masas pueden ser de diversos tipos: 1) efímeras o en extremo duraderas; 2) homogéneas (individuos de la misma clase), y heterogéneas, 3) naturales y artificiales, 4) primitivas o altamente organizadas, 5) con un conductor o sin él. Él indaga en masas altamente organizadas y duraderas como la Iglesia y el ejército, refiriéndose a la comunidad de creyentes, y a los militantes.

Estos grupos también son artificiales pues emplean cierta compulsión externa para prevenir su disolución e impedir desorganización o alteración en su estructura. Por lo general, “no se pregunta al individuo si quiere ingresar en una masa de esa índole, ni se lo deja librado a su arbitrio; y el intento de separación suele estorbarse o pensarse rigurosamente, o se lo sujeta a condiciones muy determinadas” (Freud, 1992f, pág. 89).

Además, en estas masas existe un significante que organiza, Dios para la Iglesia y el General en el ejército. En ambas instituciones rige un espejismo, la especularidad donde los sujetos quieren ser amados por igual. En cuanto a la Iglesia, se entiende que todos tienen idéntica participación del amor de Dios, él se sitúa como un padre (S2), cuyos hijos son los creyentes. La ligazón que el sujeto por identificación tiene con el S2 es la causa de la ligazón que une a todos. En el ejército sucede algo similar, “cada capitán es general en jefe y padre de su compañía, y cada suboficial el de su sección” (Freud, 1992f, pág. 90). De esta forma, según Freud, en ambas masas cada individuo tiene una doble ligazón libidinosa, con el conductor y con el resto de individuos que forman parte de estas, siendo esta la esencia de la constitución de las instituciones.

Asimismo, Freud (1992f) indica que lo que existe en la masa es una “adaptación idealista de la constelación imperante en la horda primordial, a saber, que todos los hijos se sabían perseguidos de igual modo por el padre primordial y lo temían de idéntica manera” (pág.

119). En el clan totémico se presenta la fuerza inquebrantable de la familia en cuanto a la formación de la masa, ya que descansa en la premisa de que el idéntico amor del padre puede realizarse en ella y de esta manera se mantiene la estructuración de los grupos (Freud, 1992f). Es decir, se evidencia la especularidad del deseo de ser amados.

Un ejemplo de una masa altamente organizada es la mencionada por Foucault (2002) en “Vigilar y castigar”, a finales del siglo XVIII existían medidas a tomar una vez que se declaraba una peste en una ciudad como: la separación del espacio físico de la ciudad y el cierre de la misma para evitar la propagación de la enfermedad. Se realizaba una inspección que funcionaba sin cesar en el pueblo. Todos los días el sindicato pasaba por las calles recibiendo el informe de novedades, lo que hace referencia a la vigilancia de los actos de los ciudadanos. También se informaba el estado de cada persona, ellas estaban obligadas a decir la verdad bajo pena de vida, si alguno no salía a la ventana para dar su respectivo informe se preguntaba la razón y de esta forma se descubría fácilmente si se ocultaban muertos o enfermos.

Este ejemplo da cuenta de una masa altamente organizada y a la vez artificial, puesto que sus integrantes no tienen opción de decidir, ellos son integrados obligatoriamente en el grupo debido al contexto en el que se desarrolla. Es así que los sujetos en la masa empiezan a actuar de forma diferente a como se comportan solos, se acoplan a las condiciones de la masa, ya que esta les provee de amor a través del “cuidado y protección”. En el grupo se ha creado un espejismo que permite su formación y mantenimiento a través de las ligazones afectivas.

2.1.1. Definición de masa

En “Psicología de las masas y análisis del yo” (1992f), Freud toma en cuenta la definición de masa que da Gustave Le Bon, que define a la masa como un ente provisional que tiene elementos heterogéneos, a partir de los cuales los individuos se unen durante cierto tiempo en un alma colectiva, en donde se muestran propiedades muy diferentes a las de los individuos por separado.

Para Le Bon (1912), en la masa desaparece la peculiaridad de los individuos, aparece lo homogéneo, cubriendo lo heterogéneo y esto tiene ciertas características: 1) El sentido de responsabilidad desaparece y por lo tanto, hay menos motivo para controlarse; de manera que aparece un sentimiento de poder invencible que permite entregarse a los instintos. 2) El contagio hace que en la multitud todo acto y sentimiento se expanda. A tal punto que el individuo sacrifica su interés personal para cumplir con el provecho colectivo, lo cual solo sucede cuando el ser humano integra una masa. 3) La sugestionabilidad a partir de la cual, el contagio es solo un efecto y bajo la influencia de esta característica un impulso irresistible llevará al individuo a ejecutar ciertos actos. Es así que el individuo deja de ser él mismo y se convierte en un autómatas sin voluntad (en Freud, 1992f).

Reforzando esta idea, una de las formas utilizadas para la readaptación del delincuente es el aislamiento, puesto que se considera que la relación del individuo con su propia conciencia es capaz de iluminarlo desde el interior. Solo en la celda, el detenido da silencio a sus pasiones y al mundo que le rodea, indaga en su conciencia, la interroga y siente el despertar de un sentimiento moral (Foucault, 2002). Lo que indica que en la individualidad el sujeto reprime actos que en una masa se pueden manifestar.

Retomando la idea de masa, Le Bon plantea que en esta surge un sentimiento de omnipotencia, en ella la imposibilidad desaparece para el individuo y se vuelve influenciable y crédulo; sus sentimientos son muy simples y exaltados por lo que desconoce la duda o la incerteza, no tiene interés por la verdad. Si alguien quiere influirle no necesita argumentos lógicos, más bien tiene que mostrar imágenes vívidas, exagerar y repetir siempre lo mismo. Al no tener dudas sobre lo verdadero o falso, es tan intolerable como obediente ante la autoridad, escasamente obedece de buena forma, pues pide fortaleza y violencia, quiere ser sometida, dominada y temer a sus amos (en Freud, 1992f).

El amo o conductor solicitado por la masa debe tener características similares a las de los miembros del grupo para despertar la creencia en la misma. El conductor debe estar fascinado por una intensa creencia, “debe poseer una voluntad poderosa, imponente que la masa sin voluntad le acepta” (Le Bon 1912, en Freud 1992f, pág. 77). Lo cual se da a partir del prestigio que presenta, pues este paraliza la capacidad de crítica del grupo y lo llena de asombro y respeto, provocando así una sensación de fascinación hacia el líder.

McDougall (1920) indica que la masa (*group*) no tiene organización y la designa como multitud (*crowd*). No obstante, señala que para que se reúna una multitud de personas deben existir los rudimentos de una organización. El *group* es formado a partir de un sentido en común de los integrantes y mientras más fuertes sean las relaciones entre ellos más llamativas serán las manifestaciones de un *alma colectiva*.

El fenómeno más notable en el grupo es el incremento de la afectividad que se produce en cada individuo, pues los integrantes llegan a tener una intensidad muy alta, hasta el punto de perder su individualidad y hacer lo mismo que los demás. De esta forma, la masa es sugestionable, aturdida en sus reflexiones, violenta, receptiva ante razonamientos y argumentos elementales e incompletos, fácil de conducir y amedrentar, sin respeto ni responsabilidad (McDougall, 1920 en Freud, 1992f).

Siguiendo a este autor, una multitud (*crowd*) como algo desorganizado puede elevarse al nivel de la masa (*group*) si cumple cinco condiciones. La primera es que tenga un grado de continuidad en su persistencia. La segunda, hace referencia a que los individuos de la masa tengan una determinada representación en cuanto a la función, operación y exigencia de la misma. La tercera es que el grupo se relacione con otros semejantes, pero a la vez existan diferencias entre los mismos en varios puntos. La cuarta es que posea tradiciones que sean útiles para sus fines. Finalmente, la quinta la especialización y diferenciación de los miembros (en Freud, 1992f).

Por otra parte, Freud (1992f) pensando en estas definiciones señala que una multitud de personas no es una masa sino hasta cuando se establecen los lazos afectivos hacia el líder y los miembros, algo sencillo de realizar debido a la facilidad del sujeto de identificarse y formar una masa. Estos grupos pueden o no tener físicamente a su líder, puede también ser una idea como sucede con las masas religiosas, en donde lo abstracto puede estar encarnado en un personaje secundario, como lo es el pastor de una congregación. La idea o encarnación de la misma, también puede tener un fin negativo como es el odio a determinada persona o institución y producir el mismo efecto de unificación generando ligazones afectivas fuertes.

Freud ya mencionaba en relación a las neurosis que el odio es la condición del amor reprimido. Esta mixtura se condensa en el “sentimiento de ambivalencia”, que en múltiples ocasiones proporcionan conflictos de intereses. Sin embargo, en la masa, toda esa

intolerancia desaparece de forma temporal, pero mientras la formación perdure, los individuos se comportan como si fueran homogéneos, toleran la particularidad del otro, se consideran como su igual y no hay lugar para la repulsión, lo que es efecto de la ligazón libidinosa con los demás. Pero esta tolerancia al otro y consideración por él, se mantiene restringiendo el narcisismo en la medida que la ventaja inmediata aparece por la colaboración con el resto (Freud, 1992f).

Finalmente, Freud (1992f) señala que las indicaciones con respecto a las masas dadas por Le Bon y McDougall se refieren a grupos efímeros que se aglomeran por la reunión de sujetos de diversos tipos con la finalidad de un interés temporal. No obstante, él indica que la razón por la cual estos grupos se mantienen a lo largo del tiempo es la libido, pulsión que sostiene la identificación amorosa e idealizada. La estructura de las masas tiene vínculos de amor, lazos sentimentales, de esta forma se mantiene cohesionada o unida debido a algún poder, y el individuo resigna su peculiaridad en el grupo y se deja influir de otros tal vez por amor a los mismos, estando así de acuerdo con el resto de miembros y no oponiéndoseles. De esta forma, todos son similares y amados por un líder, dando cuenta que el ser humano es miembro de una horda dirigida por un jefe.

Lo previamente dicho da cuenta que la esencia de una masa está en las ligazones libidinosas. Puesto que es debido a estas que un grupo se mantiene por un periodo de tiempo o se disipa por alguna situación que le aqueja. Si se conserva la ilusión de amor hacia todos por igual, los miembros serán capaces de afrontar situaciones difíciles. No obstante, Freud (1992f) ejemplifica la disolución del grupo con el caso del fenómeno de pánico, debido a que los integrantes de la masa no prestan atención a las órdenes del líder y cada uno empieza a cuidar de sí mismo sin importar el resto. Es decir, los lazos que se crearon se han debilitado por la angustia frente al peligro; y el proteger la vida propia importa más que tolerar al resto.

2.1.2. El ideal y el grupo

La masa, al estar dirigida por un jefe que debe tener características similares a las de los integrantes del grupo es considerado como un ideal. Para explicar el ideal es importante tener en cuenta el narcisismo, definido por Freud (1992i) como energía libidinosa propia

del sujeto que tiene como fin conservar la vida y que todos los seres hablantes la tienen en diferentes montos. La libido es energía psíquica que puede ser yoica (narcisista), dirigida a uno mismo y es sustraída del mundo exterior; u objetal, la cual da cuenta de una investidura a un objeto externo.

La pulsión al ser siempre de carácter sexual, en un primer momento es dirigida hacia la satisfacción de pulsiones yoicas. No obstante, en el encuentro con otros sujetos se establece una relación y por ende también se la empieza a dirigir a otros individuos u objetos. Es decir, el narcisismo puede ser estudiado a través de la vida amorosa del sujeto, ya que este elige sus objetos de amor a partir de las vivencias satisfactorias que ha tenido de niño. Dichos episodios satisfactorios fueron atribuidos por las personas encargadas de la nutrición, el cuidado y la protección del niño, las cuales devienen como sus primeros objetos sexuales: la madre o su sustituto (Freud, 1992i).

La satisfacción de la pulsión puede ser evitada debido a la represión que parte del yo (instancia de las identificaciones y el narcisismo) cuando entra en conflicto con representaciones culturales o éticas del individuo. Lo que lleva a pensar que las pulsiones que un sujeto tolera pueden ser desaprobadas por otro debido a: “que uno haya erigido en el interior de sí un *ideal* por el cual mide su yo actual, mientras que en el otro falta esa formación ideal” (Freud, 1992i, pág. 90).

Este ideal se ha formado a partir del yo y será el que incita la represión. Este yo ideal recuerda el amor hacia sí mismo que en la infancia gozó el yo real. Teniendo en cuenta esto, el hombre se muestra incapaz de renunciar a la satisfacción de la que gozó en algún momento, no quiere despojarse de la idealizada perfección narcisista de su infancia, y al no poder mantenerla procura recobrarla en la nueva forma del ideal del yo (Freud, 1992i).

Lo que el sujeto proyecta como un ideal es un sustituto del narcisismo perdido en la infancia, en la que él fue su propio ideal. “La formación del ideal aumenta las exigencias del yo y es el más fuerte favorecedor de la represión. La sublimación constituye aquella vía de escape que permite cumplir esa exigencia sin dar lugar a la represión” (Freud, 1992i, pág. 92). En el grupo es posible encontrar un objeto que abra paso a la sublimación y se acerque al ideal esperado, de este modo en la interacción con otros miembros se irán estableciendo ligazones afectivas con el resto de integrantes.

Las exigencias presentadas por el ideal, y la represión que se forma en torno al mismo, tienen su desarrollo en la horda primordial, la cual es dirigida por un padre temido por los demás, ya que posee a todas las mujeres, y expulsa a sus hijos una vez que crecen. Sin embargo, un día los hermanos desterrados se alían, matan y devoran al padre. Unidos logran llevar a cabo algo que individualmente les era imposible (Freud, 1991).

En la horda se aprecia el carácter siniestro y compulsivo de la formación de la masa. El conductor de la misma es temido, la masa quiere ser gobernada con autoridad. De esta forma “el padre primordial es el ideal de la masa, que gobierna al yo en remplazo del ideal del yo” (Freud, 1992f, pág. 121). El líder encarna el ideal y a partir de este lugar gobierna sobre los integrantes debido a que muestra algo de lo cual el resto ha sido despojado. El conductor revive de alguna manera el narcisismo primario al que los demás no pueden volver. En términos lacanianos, él revive la primera relación con el Otro, relación especular de goce infinito, de poder.

El que exista temor hacia el padre se debe al tabú, definido como:

Una prohibición antiquísima, impuesta desde afuera (por alguna autoridad) y dirigida a las más intensas apetencias de los seres humanos. El placer de violarlo subsiste en el inconsciente de ellos; los hombres que obedecen al tabú tienen una actitud ambivalente hacia aquello sobre lo cual el tabú recae. La fuerza ensalmadora que se le atribuye se reconduce a su capacidad de inducir a tentación a los hombres; ella se comporta como una fuerza de contagio porque el ejemplo es contagioso y porque la apetencia prohibida se desplaza en lo inconsciente a otra cosa (Freud, 1991, pág. 42).

Es decir, es en torno al tabú que existe una autoridad encargada de hacer cumplir las reglas establecidas para el grupo, y al mismo tiempo deja la posibilidad de romperlas, el deseo de violar la prohibición. A la vez, se teme el hacerlo justamente porque les gustaría, y este miedo es más intenso que el placer inconsciente en los individuos. “El hombre que ha violado un tabú se vuelve él mismo tabú porque posee la peligrosa aptitud de tentar a otros para que sigan su ejemplo” (Freud, 1991, pág. 40). No hace falta que se presente la consumación, ya que basta con que un individuo tenga un estado apto para realizarlo. Pues así da cuenta de esta posibilidad y entonces se despierte en los demás el conflicto de ambivalencia (Freud, 1991).

Por tal razón se puede decir que, el asesinato del padre primordial, de un padre gozador, y el acceso a sus privilegios dan cuenta que una vez muerto, es posible romper esa ley particular de *al menos uno dice no*, y también permite imaginariamente intentar ser ese padre que dice no a la castración y que dirige al grupo o clan. Es así que se puede señalar que en la constitución del grupo, el líder conforma ese ideal al que se aspira debido a que revive en los integrantes el narcisismo del que han sido despojados y anhelan. Dicho narcisismo será además la base para que en el sujeto se produzca las diferentes identificaciones: con el conductor y el resto de los integrantes, los cuales serán considerados como semblantes del objeto de amor que lo cuidan y protegen.

Por otra parte, es importante tener en cuenta la constitución del *yo* del sujeto puesto que se relaciona con el narcisismo y el ideal. Lacan (2002a) señala en el “Estadio del espejo” que el niño alrededor de los seis meses parece mostrar una primera simbolización del *yo* a partir de la imagen especular que ve en el espejo, del reflejo que ve de él y que es reconocido por otros y por sí mismo.

Este proceso es visto como una identificación, puesto que el sujeto empieza a asumir una imagen, una *imago*. Término introducido en la teoría psicoanalítica por Jung, pero retomado por Lacan para hacer referencia a imágenes subjetivas que se tienen de otras personas, las cuales resultan de experiencias personales pero que también son prototipos universales que se pueden actualizar en la psique de cada individuo. Estas actúan como estereotipos que influyen en el modo que el sujeto tiene para relacionarse con otros, es decir, tiene como efecto la alienación subjetiva del ser humano. Estas imágenes tienden a tener más efectos negativos que positivos puesto que son elementos engañosos y destructores. Hay diferentes tipos de imagos por ejemplo la imago del “cuerpo fragmentado” y también imagos que unifican al cuerpo, como lo es la imagen especular, las cuales son una ilusión de totalidad que introducen la agresividad subyacente (Evans, 2007).

El infante desde la temprana edad de seis meses reconoce su imagen en el espejo, él intenta superar las trabas que se presentan pues no tiene aun dominio de la marcha ni de la postura en pie y a pesar de esto busca plasmar su actitud (forma) en una postura más o menos inclinada, y conseguir un aspecto instantáneo (similar) de la imagen. Es decir, intentará simular a la imagen especular, aquella que se observa en el espejo, lo cual puede ser tomado como un ideal (Lacan, 2002a).

El infante pasa de ver su cuerpo fragmentado a verlo de forma ortopédica, a manera de *Gestalt*, separado de la realidad externa, en donde su forma (su ser) es más constituyente que constituida, es decir, da cuenta que la función de la imago es establecer una relación del organismo con la realidad, del mundo interno del sujeto con el mundo externo. La instancia del yo se inaugura a manera primordial, puesto que el niño irá identificándose con otros y se alienará al mundo (Lacan, 2002a).

Este momento en que termina el estadio del espejo inaugura, por la identificación con la *imago* del semejante y el drama de los celos primordiales, la dialéctica que desde entonces liga al yo con situaciones socialmente elaboradas (Lacan, 2002a, pág. 16).

No obstante, la imagen especular que colma al sujeto y le es fuente de júbilo, también da cuenta del momento en el que él organiza una vivencia de incompletud, lo imaginario entra en juego dando la posibilidad de estar en falta. En la relación madre-niño se pone de manifiesto que a ambos les puede faltar imaginariamente algo. Freud ya sostuvo que, ninguna satisfacción dada por un objeto de la realidad que intente suplirla va a conseguir colmar jamás la falta en la madre, le falta el falo (Lacan, 2016c).

A partir de un segundo tiempo de la identificación imaginaria especular con la imagen del cuerpo, que está en el origen de su yo y proporciona su matriz, el sujeto puede captar lo que le falta a la madre. La experiencia especular del otro constituyendo una totalidad es una condición previa. Con respecto a esta imagen es como el sujeto ve que puede faltarle algo a él. El sujeto aporta así más allá del objeto de amor esa falta que puede verse llevado a suplir, proponiéndose él mismo como el objeto que la colma (Lacan, 2016c, pág. 179).

Es en el estadio del espejo en donde se da cuenta del paso que el niño da en cuanto a la dirección de su pulsión, en un inicio hacia sí mismo y posteriormente a otros, en los cuales se puede incluir su imagen, pues es especular y se presenta en otro lugar. A partir de esto, él realizará identificaciones para seguir formando aquel esbozo del yo resultante de este estadio con el fin de alcanzar un ideal, algo que aspira ser. Es posible que en el grupo este ideal sea encarnado por el líder o por la idea que la masa imparte, sin olvidar que esto es imaginario, es una ilusión que se da, y por medio de la cual el sujeto integra dicho grupo como un intento de alcanzar aquello que desea.

2.2. Ideal del Yo e identificación

Con la explicación previa sobre la libido y la forma de dirigirla: hacia uno mismo o a los otros; se procede a indagar en la identificación, “reconocida por el psicoanálisis como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona” (Freud, 1992f, pág. 99). Lo que permite retornar al complejo de Edipo, pues es aquí en donde el niño tiene un particular interés frente al padre, desea crecer y ser como él, toma al padre como un ideal, con el fin de sustituirlo para estar junto a su madre. Es así que se evidencia, desde el comienzo, el carácter ambivalente de la identificación, ya que puede estar dirigida a la expresión de ternura y amor, o hacia el deseo de eliminación (Freud, 1992f).

Freud (1992f) señala que la identificación es un mecanismo mediante el cual el Yo se enriquece con las propiedades del objeto, puede ocurrir por diversas vías, indicando tres maneras: a) la primera, por medio de la sustitución hostil del progenitor rival en el proceso edípico; b) la segunda, donde pasa a sustituir a una ligazón libidinosa de objeto por vía regresiva mediante introyección del objeto de amor, es decir, adquiere aspectos de este en su persona. Y, c) la tercera, “puede nacer a raíz de cualquier comunidad que llegue a percibirse en una persona que no es objeto de las pulsiones sexuales. Mientras más significativa sea esa comunidad más exitosa será la identificación parcial y, así corresponder al comienzo de una nueva ligazón” (Freud, 1992f, pág. 101). La posibilidad de estar o el deseo de ponerse en la misma situación permiten que se presente la identificación, y más si es un grupopreciado por el sujeto.

Ahora, teniendo en cuenta que, “la trasposición de libido de objeto en libido narcisista conlleva, manifiestamente, una resignación de las metas sexuales, una desexualización y, por tanto, una suerte de sublimación” (Freud, 1992c, pág. 32), se explicarán las primeras identificaciones en el niño/a, puesto que los efectos de estas serán universales y duraderos, teniendo en cuenta el ideal del yo, ya que tras este se esconde la primera identificación, la de mayor importancia para el individuo. Esta corresponde a los primeros periodos sexuales con el padre y la madre, y se verá reforzada a partir de las elecciones de objeto que el sujeto hace a lo largo de su vida (Freud, 1992c).

En las primeras identificaciones del niño/a son de vital importancia: el atravesamiento del complejo de Edipo y la bisexualidad constitucional del individuo. En el caso del niño

varón, él desarrolla su investidura de objeto hacia la madre y muestra el ejemplo de una elección de objeto del padre por identificación con el mismo. Esta identificación cobra una tonalidad hostil, ya que el padre es un obstáculo para los deseos del niño. Dando cuenta que la relación con el padre es ambivalente y la aspiración de objeto exclusivamente tierna es hacia la madre (Freud, 1992c).

Con la demolición del complejo de Edipo se debe reasignar la investidura en el objeto de la madre, lo cual puede tener diversos reemplazos: una identificación con la madre o un refuerzo de la identificación-padre. De forma similar la actitud edípica de la niña puede reforzar la identificación-madre que afirme su carácter femenino (Freud, 1992c).

Freud (1992c) señala que, por lo general, una vez que la niña renuncia al padre como objeto de amor, retoma y destaca su masculinidad si sus disposiciones masculinas tienen suficiente intensidad, identificándose así con el padre, es decir, con el objeto perdido. Entonces, la salida y desenlace del Edipo en identificación con el padre o la madre va a depender de las disposiciones sexuales del sujeto. Este es uno de los modos en que bisexualidad interviene en los destinos del complejo de Edipo.

La otra forma en donde la bisexualidad originaria del niño interviene es en la actitud ambivalente hacia al padre, una elección tierna de objeto hacia la madre y simultáneamente, se comporta también como una niña mostrando una actitud femenina hacia el padre, y la correspondiente actitud celosa y hostil hacia la madre. Esta proposición de la bisexualidad es lo que vuelve complejo indagar en las elecciones de objeto e identificaciones primitivas (Freud, 1992c).

A raíz del sepultamiento del complejo de Edipo, las cuatro aspiraciones contenidas en él se desmontan y desdoblan de tal manera que de ellas surge una identificación-padre y madre; la identificación-padre retendrá el objeto-madre del complejo positivo y, simultáneamente, el objeto-padre del complejo invertido; y análogo es válido para la identificación-madre (...). Se puede suponer una sedimentación en el yo, que consiste en el establecimiento de estas dos identificaciones, unificadas de alguna manera entre sí. Esta alteración del yo recibe su posición especial: se enfrenta al otro contenido del yo como ideal del yo o superyó (Freud, 1992c, pág. 35-36).

Es así que el vínculo del superyó con el yo no queda solo como una advertencia, sino que comprende la prohibición, indicando que “Así no te es lícito ser, ...no puedes hacer todo lo

que él hace; muchas cosas le están reservadas” (Freud, 1992c, pág. 36). El superyó conservará el carácter del padre y mientras más intenso haya sido el complejo de Edipo y más rápido se haya producido la represión, más riguroso acontecerá el mandato del superyó como conciencia moral (Freud, 1992f, 1992c).

En relación a los grupos, cada individuo es miembro de varias masas: “su raza, su estamento, su comunidad de credo, su comunidad estatal, etc.” (Freud, 1992f, pág. 122). Esto se debe a que el sujeto tiene múltiples ligazones de identificación que sirven como modelos para construir su ideal del yo.

Sin embargo, Freud (1992f) añade que las extensas ligazones afectivas que hay en la masa permiten explicar la falta de autonomía y de iniciativa en el individuo, así como el debilitamiento de actividad intelectual, incapacidad de moderarse y aplazar la acción. La tendencia a transgredir barreras en la exteriorización de sentimientos y a su total descarga en la acción, son rasgos que presentan una regresión de la actividad anímica a un estadio anterior, como se halla en niños o en salvajes. Esta desorganización se ve de manera particular en las masas comunes, y se puede detener en buena medida en masas de alta organización, artificiales (Iglesia y ejército). Así se observa que la moción afectiva del individuo y su acto intelectual personal son muy débiles para valerse por sí mismos, de manera que se ven obligados a detener su potenciación por la repetición uniforme de parte de los otros; y aun así el sujeto puede elevarse de ello y lograr una partícula de autonomía y originalidad, formando así su desarrollo individual. (Freud, 1992f).

Para explicar el ideal del yo, Lacan (2016c) partirá de la identificación y recurrirá a la primera relación amorosa: la madre (como objeto de llamada, es decir, como un objeto que puede estar presente y ausente) y el niño. Entre ambos hay equilibrio y una compensación, cuando hay frustración de amor se compensa mediante la satisfacción de la necesidad. El objeto adquiere un valor predominante, en este caso el pecho es la forma bajo la que se presenta la madre al niño. Teniendo en cuenta esto se señala lo siguiente:

Un objeto real adquiere su función como parte del objeto de amor, adquiere su significación como simbólico, y la pulsión se dirige al objeto real como parte del objeto simbólico, el objeto se convierte como objeto real en una parte del objeto simbólico... Si un objeto real que satisface una necesidad real ha podido convertirse en elemento del objeto simbólico, cualquier otro objeto capaz de satisfacer una necesidad de la realidad

puede ocupar su lugar, y de forma destacada, ese objeto ya simbolizado, pero también perfectamente materializado es la palabra (Lacan, 2016c, pág. 177).

De igual forma el pene puede entrar en la economía imaginaria del sujeto, no como objeto compensatorio de la frustración de amor, sino como falo, “en medida en que le falta a la madre y está más allá de ella misma y de su potencia de amor” (Lacan, 2016c, pág. 178). Dando cuenta que hay algo que falta y manteniendo esta posibilidad, teniendo una nostalgia relacionada con la propia falta del objeto de amor. Entonces el sujeto aportará así el objeto de amor y la falta que puede verse llevado a suplir, planteándose él mismo como el objeto que la colma, que da completud (Lacan, 2016c). Es decir, el niño se identifica en un momento con aquello que le falta a la madre, lo cual puede o no mantenerse así.

Lacan (2016b) señala que el ideal del yo no se trata solo de un objeto, sino de algo que está más allá de este y se refleja, como Freud ha dicho, no pura y simplemente en el yo, que se resiste de alguna forma y puede empobrecerse, sino en algo que se encuentra en sus primeras exigencias, en un primer velo, algo que es proyectado en este a partir de las identificaciones primarias.

El ideal del yo es una instancia psíquica encargada de elegir entre valores morales y éticos requeridos por el superyó que constituyen el ideal al que el sujeto aspira (Chemama & Vandermersch, 2010). Es decir, el ideal del yo ejerce una presión consciente por medio de la sublimación para llegar a eso que se desea. Además, otra de sus funciones es que el sujeto asuma una posición sexual como hombre o mujer (Evans, 2007).

Por otra parte, como se ha mencionado, la palabra es la encargada de materializar lo simbólico, puesto que ha adquirido un valor particular para la satisfacción de las necesidades del sujeto. En este sentido la satisfacción se puede obtener por varias vías, una de estas pueden ser las instituciones, que si bien son espacios físicos de carácter social, están conformadas por sujetos y tienen un fin común que es el normar el comportamiento de los individuos. Entonces, esto lleva a plantear la siguiente pregunta ¿Cómo se han estructurado las instituciones?

Lacan señala que “el inconsciente está estructurado como un lenguaje” (1987, pág. 28). Con respecto al lenguaje, él se apoya de la lingüística y parte del campo de estructura y elaboración de Claude Lévi-Strauss, el cual indica que antes de cualquier experiencia existe una función del lenguaje que se encarga de organizar, a la cual llama función

clasificatoria primaria. “La naturaleza proporciona significantes –para llamarlos por su nombre-, y estos significantes organizan de manera inaugural las relaciones humanas, dan las estructuras de estas relaciones y las modelan” (Lacan, 1987, pág. 28).

-Antes de toda formación del sujeto, de un sujeto que piensa, que se sitúa en él- algo cuenta, es contado y en ese contado ya está el contador. Solo después el sujeto ha de reconocerse en él, y ha de reconocerse como contador (Lacan, 1987, pág. 28).

Ahora, en cuanto al inconsciente, Lacan (1987) indica que es importante tener en cuenta la causa, un concepto que para Kant es inanalizable, imposible de comprender, en medida de que la razón es siempre alguna y que al hablar en función de la causa siempre quedará cierta *hiancia* (brecha, agujero). Una cosa no se da sin la otra. Siempre que se habla de causa existe algo indefinido, algo que oscila en el intervalo, es decir, solo hay causa de lo que cojea. Es en este punto en donde se sitúa el inconsciente freudiano. El inconsciente muestra la hiancia por donde la neurosis se conecta con un real que puede no estar determinado. Es en la etiología de la neurosis lo que encuentra Freud: la brecha de la causa, algo que pertenece al orden de lo no realizado. El inconsciente se manifiesta en primer lugar como algo que está a la espera de lo *no nacido*.

Lacan (1987) señala que es posible introducir en el dominio de la causa la ley del significante, en ese lugar donde la hiancia se produce, ya que lo que impresiona en el sueño, en el acto fallido, en la agudeza; es el aspecto bajo el cual se presenta este tropiezo. Es en estos fenómenos en los cuales Freud va a buscar el inconsciente, en donde se exige una realización y se presenta un *hallazgo*.

Este hallazgo que a un tiempo es solución por incompleto que sea, tiene un acento particular que es el de la *sorpresa*: “aquello que rebasa al sujeto, aquello por lo que encuentra, a la par, más y menos de lo que esperaba: en todo caso, respecto a lo que esperaba, lo que encuentra es invalorable” (Lacan, 1987, pág. 33). En la forma en la que se presenta este hallazgo es re-hallazgo y puede escabullirse de nuevo, trayendo de nuevo la dimensión de la pérdida.

Esto da cuenta de la discontinuidad, la forma esencial con la que se presenta el inconsciente como fenómeno, donde algo se muestra como vacilación. El inconsciente es el sujeto, en tanto está alienado en su historia, donde su discurso se une con su deseo. Es a partir de la hiancia evidenciada por el inconsciente que surge el deseo en el sujeto. “Se

trata siempre del sujeto en tanto que indeterminado (...) se manifiesta siempre como lo que vacila en un corte del sujeto” (Lacan, 1987, pág. 34-35).

A partir de esto se puede retomar lo dicho en el anterior capítulo sobre el significante, el cual es un vacío, algo que puede ser borrado, tachado, dejar su lugar. Esta tachadura lo eleva a un estatus superior, el de una función simbólica (Lacan, 1999a). Y al pertenecer al orden de lo simbólico da cuenta que algo se ha perdido, que no todo puede ser apalabrado (Chemama & Vandermersch, 2010). Entonces, de acuerdo a lo expuesto en este escrito se puede decir que las instituciones se estructuran en tanto lenguaje, ya que están conformadas por un grupo de personas que han establecido ligazones afectivas y que tienen un fin en común. Este fin surge de un deseo, pues los sujetos están barrados, en la falta.

Entonces, es posible que en la institución se presente la posibilidad ilusoria de aproximarse a aquello que se ha perdido, el objeto *a*, es decir, el deseo en sí que es inconsciente (Verhaeghe, 1999). Esto puede suceder porque el líder o la idea que se imparte se acercan a dicho deseo (lo que da cuenta del aspecto perverso del fantasma en la neurosis) y en un intento por llegar a la satisfacción se forma parte de la institución. De manera que, los integrantes de la institución serán un grupo que da cuenta de su falta, la cual está marcada por el lenguaje y la introducción a lo simbólico.

Siguiendo esta idea, las instituciones pueden ser tomadas como un lugar en el que se presenten mecanismos de las estructuras psíquicas, pues en ellas hay grupos de personas que se han hecho partícipes a partir del discurso que en ella se escuche (lo cual se indagará en el próximo capítulo). Este discurso da cuenta de un fin que puede responder al deseo individual (que es inconsciente), pero que a la vez tiene algo en común con el conductor de la masa, revelando así la falta a partir de la cual se crean las relaciones e interacciones con los otros. Es decir, se busca el objeto perdido de la primera relación amorosa que se vive, a partir de la idealización de lo que el grupo ofrece, o suponiendo que en este se encuentra el ideal del yo al que se aspira llegar, se ve una especie de velo en la cual el grupo parece ofertar eso que falta, y por esta razón los miembros se toleran unos a otros, como dice Freud, tal vez por amor a los mismos en cuanto tienen alguna ganancia para sí.

CAPÍTULO 3

RELACIÓN DE LA PERVERSIÓN Y LOS GRUPOS SOCIALES

3.1. La identificación del sujeto en la masa.

Freud señala que existen diversas formas de constitución de grupos, una de estas es el enamoramiento, en la cual se puede observar que la elección amorosa de objeto tiene la función de sustituir un *ideal del yo* propio que no ha sido alcanzado. “Se ama en virtud de perfecciones a que se ha aspirado para el yo propio y que ahora a uno le gustaría procurarse, para satisfacer su narcisismo, por este rodeo” (Freud, 1992f, pág. 106).

La intensidad del enamoramiento puede aumentar y de esta forma, el yo se resigna cada vez más a realizar algún reclamo, se vuelve más modesto, y al mismo tiempo el objeto se hace más grandioso y valioso, tanto así que llega a poseer todo el amor que el yo tiene de sí mismo. Como consecuencia, el yo se autosacrifica, el objeto ha devorado al yo y puede ejercer una dominación exclusiva (Freud, 1992f).

Esto da cuenta que la función del superyó en relación al ideal del yo falla, puesto que todo lo que pide el objeto es justo e intachable. “La conciencia moral no se aplica a nada de lo que acontece a favor del objeto (...) uno se convierte en criminal sin remordimientos” (Freud, 1992f, pág. 107). Es así que con esta situación se puede decir que el objeto ha venido a ocupar el lugar del *ideal del yo*.

Lo que diferencia a la identificación del enamoramiento, es que, en la primera, el yo se enriquece con las propiedades del objeto, lo ha introyectado y a partir de esto se rige para alcanzar el ideal que aspira. El objeto extraviado se evidencia en el yo, el cual se transforma de manera parcial de acuerdo al modelo perdido. En el segundo, el yo se empobrece, se entrega al objeto dándole un lugar privilegiado, indicando que este es lo más importante, por ende, es sobreinvertido por el yo y a costa de sí mismo (Freud, 1992f).

A partir de estos argumentos, Freud plantea que en la constitución libidinosa de un grupo en la que hay un conductor, cuyos miembros no han podido adquirir la propiedad de individuos debido al exceso de organización, es una masa en donde los “individuos han puesto un objeto, uno y el mismo, en el lugar de su ideal de yo, a consecuencia de lo cual se han identificado entre sí en su yo” (Freud, 1992f, pág. 109-110).

Los sujetos pertenecientes a una masa resignan su ideal del yo y lo mutan por el ideal de la masa que es encarnado en el conductor de la misma debido a que, este revive el estado de narcisismo que el resto añora, pues su perfil da una impresión de fuerza y mayor libertad a la de los demás. Los otros cuyo ideal del yo no se ha corporizado en el conductor son arrastrados por vía sugestiva, “un convencimiento que no se basa en la percepción ni en el trabajo de pensamiento, sino en una ligación erótica”, es decir, la masa se ha formado por identificación (Freud, 1992f, pág. 121).

En torno a la conformación del grupo Marcel Czermak (1987, pág. 67) señala que “toda la vida institucional tiende a un modelo perverso”, ya que el sujeto puede ser ubicado en una situación en donde él ocupa el lugar de un instrumento, y de esta forma su uso simbólico se reduce tanto como sea posible, pero nunca totalmente. Es así que el individuo entra en una relación perversa, puesto que presta su cuerpo o parte de él, su nombre u otros bienes diversos para sostener el goce del *partenaire* en un intento de completar imaginariamente al Otro (\bar{A}), como si la persona misma se convirtiera en aquel objeto que Freud denomina perdido.

El perverso tiene como meta el hacer gozar al Otro (\bar{A}). El goce va más allá del placer, de esto da cuenta el sistema de regulación social, ya que el sujeto se presta para que todo marche según lo esperado, sin falla, sin agujero. Es así, que el sujeto entra en una relación perversa, puesto que ha sido instrumentalizado. Un ejemplo de esto es la expansión de métodos de control a partir del panóptico de Bentham, el cual tiene la siguiente composición:

En la periferia, una construcción en forma de anillo; en el centro, una torre, esta, con anchas ventanas que se abren en la cara interior del anillo. La construcción periférica está dividida en celdas, cada una de las cuales atraviesa toda la anchura de la construcción. Tienen dos ventanas, una que da al interior, correspondiente a las ventanas de la torre, y la otra, que da al exterior, permite que la luz atraviese la celda de una parte a otra. Basta entonces situar un vigilante en la torre central y encerrar en cada celda un loco, un enfermo, un condenado, un

obrero o un escolar. Por efecto de la contraluz, se puede percibir desde la torre, recortándose perfectamente sobre la luz, las pequeñas siluetas cautivas en las celdas de la peri-feria. Tantos pequeños teatros como celdas, en los que cada actor está solo, perfectamente individualizado y constantemente visible. El dispositivo panóptico dispone unas unidades espaciales que permiten ver sin cesar y reconocer al punto (Foucault, 2002, pág. 204).

El panoptismo es capaz de reformar la moral, difundir la instrucción, preservar salud y aliviar cargas públicas, es una especie de laboratorio de poder que da una sensación de bienestar social. Este esquema está destinado a difundirse en el cuerpo social, volviéndose una función generalizada. De manera que grupos como la iglesia o la policía se encargan de mantener las funciones de disciplina social, es decir, se ha dado una institucionalización de mecanismos disciplinarios (Foucault, 2002).

En el caso de la policía, esta viene a encargarse de la delincuencia, vigilancia urbana, control económico y político, tiene como objetivo regular el orden y mantener la armonía. Pero para lograr esto, este grupo debe mantener una vigilancia permanente, exhaustiva, omnipresente, capaz de hacerlo todo visible con la condición de hacerse él mismo invisible. Entonces, este grupo se ayuda de las personas que han sido instauradas en el sistema. De manera que siempre se está alerta a lo que suceda con los otros. Los sujetos pueden ocupar un cargo jerárquico, ser observadores o soplones pagados regularmente, e incluso denunciadores de los acontecimientos y comportamientos de los individuos. Así, esta institución ha cumplido con la meta establecida: acostumbrar al pueblo al orden y la obediencia (Foucault, 2002). El goce ha sido expandido a la masa, pues todos creen que se ha logrado vencer el malestar que se les presenta (delincuencia, peligro), pero no han notado que para llegar a este fin han apostado algo de sí mismos.

La relación perversa se establece de manera económica, el sujeto entra a un grupo en donde hay un ahorro de energía psíquica en un régimen de control, pues todo está altamente organizado, establecido y aparenta un Bien soberano (Czermak, 1987). No hay necesidad de demandar algo, basta con seguir lo ya establecido y dejarse llevar, lo que se puede observar en las instituciones, pues tienen su propia organización y los sujetos responden a la misma.

La institucionalización del régimen de regularización se explica a partir de dos polos opuestos que para Lacan (2016c) son el fundamento de la estructura perversa: el fetichismo

y el travestismo. El travestido se identifica con la madre fálica, en la medida que ella construye el velo de la falta de falo. El sujeto se identifica con aquello que está detrás del velo, con el objeto al que le falta algo. “El travestismo pone de manifiesto que el falo está detrás del velo, que está envuelto, empaquetado, incluso cadaverizado, en la persona que lo encarna” (Czermak, 1987, pág. 57).

Los vestidos no están hechos tan solo para esconder lo que se tiene, en el sentido de *tener o no tener*, sino también para esconder lo que no se tiene (...) No se trata siempre y esencialmente de esconder el objeto, sino también de esconder la falta de objeto (Lacan, 2016c, pág. 168).

En cuanto al fetichismo se produce una proyección sobre el velo, convirtiendo así, la falta en una figura. En este caso el falo está delante del velo, de la envoltura, asegura su protección (Lacan, 2016b; Czermak, 1987). Estos dos polos son parte de una misma estructura, constituyen uno solo, una única y misma faz, como en banda de Moebius. Todo perverso se encuentra en esta posición inestable en donde el falo a veces está oculto por el velo y otras es colocado delante de él. En el caso de estar en frente el falo es encarnado, se convierte en un grupo, ejército, territorio o diversos medios de comunicación que lo muestran parcialmente (Czermak, 1987).

En cuanto al velo o la cortina, cobran valor porque sobre esta se dibuja una imagen, es aquí en donde se proyecta y se imagina la ausencia (Lacan, 2016b). Es de este modo que el velo toma formas ocultas, socializadas, contenidas y discretas del fetichismo y travestismo. Entonces, el velo se transforma en un grupo cuando intenta hacer número o masa, y en este caso cuando el sujeto participa en la masa, es él mismo quien trasviste al falo, le hace de cortinaje. “Piénsese así en un imperio periodístico, radiofónico, de medios de comunicación social, que envuelve al falo en un rumor de voces y miradas que mantienen la fascinación en el lugar donde está depositada la cosa sagrada” (Czermak, 1987, pág. 57). En otras palabras, en ambas formas de manifestación del falo se puede apreciar aquello que el sujeto desea o que llama su atención, ya sea porque está siendo oculto o porque se da la apariencia de ser revelado.

Pero, ¿qué es el falo por el cual parece movilizarse y alrededor del cual se constituye un grupo? Braunstein (1997) señala que es posible homologar tres perspectivas del falo con los tres registros: significativo, órgano real, y semblante (S.O.S). En cuanto a órgano real,

lleva a pensar en la asimetría, la diferencia de los sexos, y esto permite pensar en el paso a un significante, de lo simbólico, puesto que a partir de este se organiza el mundo del lenguaje, en la paradoja de ubicarlo por fuera del lenguaje, porque no pertenece a este, pero es el que lo hace posible. De manera que se puede verlo como semblante imaginario (como una apariencia del ser, dejando la posibilidad del engaño), pues el falo es ubicado como fundamento y todo lo demás viene a ser un semblante, e implica la estructura-toda del lenguaje. “El falo es esa verdad que instituye a los seres como sexuados por la diferencia entre unos y otras y que, (...), tiene estructura de ficción” (1997, pág. 20).

El falo como semblante lo es para los ojos de quienes establecen semejanzas, ese alguien que es un ser capaz de inconsciente, sujeto escindido por el lenguaje, representado por un significante ante otro. Es decir, del carácter de semblante es de dónde surge la disputa y la organización de los sexos en torno a: “serlo, tenerlo, temer perderlo, querer adquirirlo, simularlo, ocultarlo, reemplazarlo por atributos investidos de su valor o por objetos que subliman tales como el propio cuerpo; el bebé o la inmunda zapatilla” (Braunstein, 1997, pág. 21). Es decir, es la ficción, lo imaginario, la posibilidad, lo que permite al sujeto posicionarse frente al falo.

Como se ha dicho antes, el sujeto integra una institución por las ligazones afectivas que se crean entre los partícipes. Y es probable que el líder o idea impartida muestren, velen, oculten algo, lo cual sería el falo imaginario. De manera que si se lo desea, y existe la posibilidad de “alcanzarlo” se llegaría a un goce pleno que no es alcanzable pero si se manifiesta como semblante y atrae al resto de sujetos.

3.2. Análisis de la perversión en relación a los grupos sociales en tanto lenguaje.

El psicoanálisis ha dado cuenta a partir de la clínica; el trabajo que se realiza en el espacio analítico entre “analizante” y analista, que no estudia solo las relaciones subjetivas, puesto que el sujeto al estar introducido en una sociedad, también está en relación con la ciudad o el ciudadano (Czermak, 1987). La transferencia del trabajo analítico permite en torsión pensar en los fenómenos sociales. El lazo social se constituye a partir del lenguaje, es decir

que, los grupos o instituciones se constituyen por el lenguaje y en tanto tal, se pone en juego los mecanismos como la represión, la desmentida o la forclusión.

En cuanto al sujeto perverso es pertinente indicar que él nunca está solo, ya que ejerce su acto con otro y en agravio de él o también se evidencia en grupos como la mafia, delincuencia en bandas, sectas, política, etc. (Eiguer, 2018).

Por lo general el perverso integra al sujeto en una relación de perversión a manera de disimulo, de forma muy secreta y discreta. Si él llega a revelar a su víctima que está siendo manipulada, lo hace para mostrar su superioridad sobre ella en un afán de burla. Es así como se presenta la noción de triunfo en él, al experimentar satisfacción y goce, cuando su víctima se siente avergonzada o humillada al saber que fue engañada (Thibaut, 2013).

Sin embargo, es pertinente aclarar que el triunfo que tiene el perverso no se presenta porque haya transgredido a su partenaire, sino porque a partir de su discurso guiado por un significante se construye un semblante, que será visto como un espejismo donde se observa algo que le atrae al *parlêtre* en torno a su falta. Este viene a ser el punto de empuje en torno al cual se organizan las civilizaciones o masas, pues se forman en torno a lo imaginario (apariencia de ser) que hay en ellas (Lacan, 2009).

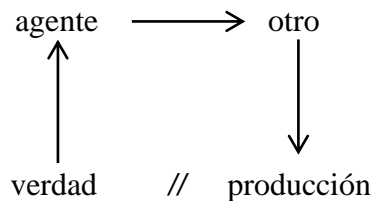
Ahora, es necesario explicar lo que es el discurso. Lacan lo define como una relación fundamental a partir de la cual se da un vínculo social. Existen cuatro discursos en los cuales hay cuatro posiciones en donde se ubicarán términos. En la primera posición está el *agente* que es alguien que inicia, que habla y se dirige a *otro* que es el segundo lugar (Verhaeghe, 1999).

agente → otro

En esta relación entre emisor y receptor, el agente y el otro, aparece un efecto que se hace visible en el discurso y lleva a la siguiente posición que es la *producción*.

agente → otro
↓
producción

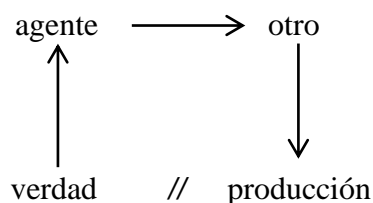
Hasta este momento se ve el proceso de la comunicación clásica y solo una cuarta posición introduce el punto de vista psicoanalítico. Se trata de una “verdadera posición”, la de la *verdad*, que funciona como motor y punto de partida para todos los discursos (Verhaeghe, 1999).



El que la posición de la *verdad* sea la impulsora trae consigo dos consecuencias. La primera que el agente sea falso, solo un semblante, una entidad ficticia, una apariencia, ya que él no habla, sino que es hablado, impulsado por un deseo. La segunda es el quiebre de la secuencia comunicativa del discurso, es decir, que la verdad no puede ponerse completamente en palabras, no es toda dicha al otro, es imposible, en lo Real hay siempre algo que no puede ser apalabrado. De manera que todo discurso se mantiene dando vueltas, se repite, por la falta estructural que existe (Verhaeghe, 1999).

A más de estas cuatro posiciones hay dos disyunciones que expresan la ruptura de la línea de comunicación. En la parte superior está la *imposibilidad*, el agente es impulsado en búsqueda de una verdad que no puede ser verbalizada en su totalidad, por lo tanto, el agente no puede transmitir completamente su deseo al otro. En la parte inferior está la disyunción de *impotencia* que tiene que ver con la relación entre producción y verdad. El resultado del discurso en el otro, la producción, no tiene nada que ver con la verdad del agente. De manera que ninguna producción va a corresponder a la posición de la verdad porque esta última nunca ha sido dicha por completo (Verhaeghe, 1999).

Imposibilidad

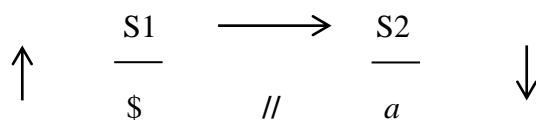


Impotencia

En todos los discursos las posiciones y las disyunciones son las mismas, lo que cambia y rotan son los términos, y por ende se determina su carácter. Para que exista la estructura lingüística mínima debe haber al menos dos significantes: S1 y S2. S1, es el significante *amo* que intenta obturar o anular la falta, procura ser la garantía de cubrirla. El S2 es la cadena de significantes que se desplaza constantemente. En este sentido, es también el nombre del saber contenido en esa cadena. Estos dos significantes (S1 y S2) son condición necesaria para que haya un sujeto, y entre ellas (S1...S2), entre los puntos suspensivos aparece un tercer término, el sujeto dividido, \$. Finalmente está el objeto *a* (cuarto término), que es resultado de la adquisición del lenguaje, representa el deseo en sí, aquello que está perdido, lo que moviliza al sujeto en un intento fallido de tenerlo (Verhaeghe, 1999).

El despliegue de significantes, S2, evidencia la pérdida del objeto *a*, puesto que nunca llega a tenerlo, por lo tanto, se da la repetición de significantes confirmándose la falta original de *a* y del goce del sujeto. Los cuatro términos: S1, S2, \$ y *a*, tienen una relación fija en secuencia (Verhaeghe, 1999).

Los discursos a analizarse en esta investigación son el del amo y el de la histórica.



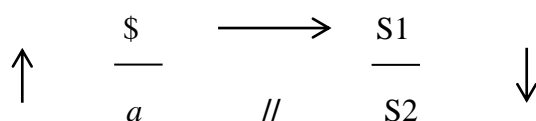
Discurso del amo

El discurso *amo* apunta al UNO e indiviso. El agente (S1) es el significante *amo* que aparenta no estar dividido, por lo que trata de unirse al S2 en el lugar del otro. Este deseo es imposible, a pesar de que trata de ocultar la posición de la verdad (\$), el amo está dividido, castrado. Como efecto de este intento imposible de ser Uno se produce imaginariamente de modo incesante el objeto *a*, pues el S2 le atribuye el saber al *amo* y por ende considera que él sabe cuál es el objeto de demanda (Verhaeghe, 1999).

El otro sostiene al amo en su posición de saber, indicando que hay algo que desea de él. El amo desea ser el Otro, una encarnación del saber en la verdad, desmintiendo la falta fundamente fundamental del lenguaje, sosteniéndose en una posición imaginaria que, en términos de Hegel, es el esclavo quien por medio de su saber sostiene al amo (Verhaeghe, 1999).

El amo desmiente su castración al empuñar el significante amo. El S1 se dirige y trata de alcanzar a S2, pues este es el camino hacia el goce perdido. Sin embargo, el amo fracasa porque al querer asumir la cadena de los S2 tiene que renunciar a su posición de amo, dejando así una brecha abierta en donde se da cuenta de su falta, de que el goce no es alcanzable, de modo que la única forma de conservar la posición de amo es permaneciendo en silencio (Verhaeghe, 1999).

En cuanto al discurso de la histérica:



En este discurso en el lugar del agente se encuentra el sujeto dividido, lo que indica que el deseo es el deseo en sí, está más allá de cualquier satisfacción, desea saber cuál es el objeto perdido para llenar su falta. Este discurso es el del neurótico común, como lazo social le pone énfasis a la posibilidad del deseo y de su cumplimiento. Cuando el sujeto habla, queda dividido y por ende pierde el objeto primario, surge así un deseo que insiste pero que no puede ser satisfecho, pero tampoco destruido (Verhaeghe, 1999).

El deseo, originado en una pérdida, se expresa por medio de una demanda. Solo un amo podría dar una respuesta, de manera que el sujeto siempre hace del otro un amo o “maestro”. Entonces, el S1 tiene que producir una respuesta ante la petición del \$. En la neurosis hay una particular protección hacia el amo, pues una y otra vez lo eleva después de haberlo hecho caer. Las interrogantes al amo son siempre los mismos: “¿quién soy? ¿Por qué me quieres?” (Verhaeghe, 1999).

La producción (S2), es el conocimiento que viene del amo (S1), a quien le es atribuido el saber, se lo ve como un ideal, como aquel que puede responder o indicar cuál es el objeto perdido, pero esto solo es una ilusión, ya que parecería que el amo no está castrado aunque sí lo está. El S2 contesta a la demanda del sujeto, pero siempre yerra, es impotente a producir la respuesta particular del objeto *a*, que es el que ocupa el lugar de la verdad: *a* // S2. Ante esto se producen más significantes, teniendo como resultado el alejamiento del sujeto y de *a* (Verhaeghe, 1999).

Es por medio del habla, del discurso, por donde se encarnan las vertientes del fetichismo y del travestismo mencionadas anteriormente. Los individuos creen que existe algo que está

oculto pero que en algún momento va a surgir y que se va a mostrar algún fragmento del mismo, del falo (Czermak, 1987).

En las perversiones, el velo debe entreabrirse periódicamente para producir la revelación, para demostrar cómo funciona, el falo imaginario es la herramienta que representa el poder. El perverso empuña habitualmente el falo, lo deja entrever, ya que es un señuelo, una trampa, un espejismo. Identificado con el falo imaginario hay un doble movimiento: ser el falo y hacerles creer que lo son, “llega incluso a convencer tan bien que, al hacerlos reflejar el falo imaginario, creen serlo” (Czermak, 1987, pág. 59). Sin embargo, no es más que un señuelo del objeto *a* en tanto el objetivo es completar al Otro (*A*), y de esta forma, el perverso obtiene que los otros pongan algo de ellos.

De este modo se desemboca en que en lo alto de la escala está el gran falo anónimo imaginario, que es, además, el *A* no barrado que, políticamente, procede por la vía del secreto, en la oscuridad de los salones del rito. Un escalón más abajo se encuentra la envoltura que constituyen los empleados administradores y funcionarios del rito, esbozos de la degradación de *A* en pequeños otros instrumentalizados. Abajo pululan los otros pequeños instrumentos (...) que son también objetos *a*. Sobre los del mundo de abajo se efectúan clivajes, parcelaciones, fragmentaciones y recolecciones necesarias para la alimentación de la máquina. Así se ve cómo la perversión se sustenta en el ideal de un objeto inanimado, y cómo esos clivajes tienen efectos de angustia, incluso de terror: a los que están abajo solo se les habla de faltas, de divisiones subjetivas, dejando que aumente la completud de los que están arriba, completud que solo obtienen gracias a las recolecciones que efectúan más abajo. De allí los efectos, bien conocidos, del arribismo social y, de arriba abajo y de abajo arriba, de todas las intrigas posibles (Czermak, 1987, pág. 59).

La condición del otro para el perverso es la de puro objeto de goce, siendo manipulables en tanto permitan al perverso gozar y llegar a su propio objetivo. “El perverso tiene que disponer de una gran capacidad para captar los anhelos del otro, sus objetivos esenciales, sus fallas, lo que no alcanzó, a lo que no llegó, lo que desearía idealmente ser, de la manera en que se propone llevarlo a cabo” (Eiguer, 2018).

Esto permite mencionar una de las reglas de la perversión señaladas por Lacan (2015a), las cuales son enunciadas en forma de imperativo categórico incondicional, es decir, como algo absoluto que debe aplicarse en todos: “Tengo el derecho de gozar de tu cuerpo, puede

decirme cualquiera, y ejerceré ese derecho, sin que ningún límite me detenga en el capricho de las exacciones que me venga en gana saciar en él” (pág. 730).

Además, en la perversión se plantea la cuestión de la verdad, en donde se utiliza el habla para asegurar que el otro no sea un impostor o falsificador. De esta manera el perverso se pone como garante de la verdad, ya que los demás son depositarios insuficientes y faltos de honestidad. Se dice así mismo “¿por qué no yo? ¿Por qué no convertir mi deseo en ley, siendo que toda ley procede, en último análisis, de algo arbitrario, de un abuso de autoridad, de una violencia o de una iniquidad?” (Czermak, 1987, pág. 61). De esta manera, queda en su pensamiento que no hay nadie que pueda hacerlo mejor.

En la vida de las instituciones hay dos extremos: el primero, el que gobierna, organiza y administra, se encuentra en una posición de capacidad, de culto secreto, de disimulo, incluso de clandestinidad. Y el otro, el que es gobernado, “en una posición de transparencia generalizada, de exposición permanente, de descubrimiento y fractura institucionalizada del pudor” (Czermak, 1987, pág. 66).

Para el perverso es esencial presentarse como instrumento, no actuando en su propio nombre, sino invocando una ley otra, una ley del Otro, una misión o carga superior que desborda el interés personal, pero que él asume por adhesión, incluso por devoción. Esto puede, incluso, llevar al perverso a anonimizarse totalmente, después de su enmascaramiento con la devoción a una causa, sea ella la de verdad, la del deseo o la salud pública, incluso la de la defensa de una revelación moral, filosófica o científica (Czermak, 1987, pág. 67).

Lacan indica que es el perverso, quien ocupa el lugar de objeto-instrumento, ejecuta una voluntad heterogénea; mientras que la división del sujeto es imputada al otro, la víctima. La posición subjetiva del perverso está básicamente marcada por la instrumentalización de su actividad:

Él prosigue su actividad no para su propio placer, sino para el goce del Otro; su propio goce le es procurado precisamente por esta instrumentalización, por su certeza de no ser más que una herramienta de goce al servicio del Otro (Fundación del Campo Freudiano, 1990c, pág. 375).

Se puede decir que en la vida social de los grupos, se le ha atribuido un saber a alguna estructura como la institución, la cual ocuparía el lugar del significante amo (S1). Los sujetos (S2) le suponen a la institución la no-división, el conocimiento del goce pleno por

lo que en esta relación se ha producido una idea de que la idea impartida por la institución o su líder oferta el objeto perdido (*a*), que es el falo imaginario y en este sentido es capaz de completar al Otro. En el intento de alcanzar el objeto, los miembros del grupo se han dado cuenta que no es eso, que lo que buscan es otra cosa, por lo que se da una constante repetición pues la producción ha fallado. De esta forma, se evidencia que los seres hablantes han entrado en un sistema en el que gozan, en donde aparentemente hay una “voluntad de goce”, ya que han dado algo de ellos mismos, ya sea su tiempo, dinero o incluso su cuerpo con el fin de obtener el objeto perdido y tapar el agujero del Otro, y creer que no hay falta.

¿Acaso esta organización de la institución es una nueva forma de relacionarse con los otros, con el Otro, forma que no está regida por la represión, a partir de la cual Freud planteó que es así como se busca la satisfacción inmediata regida por un “goce pleno”?

Entorno a la represión Freud señala que es a partir de esta que se crea el lazo social. Sin embargo, las relaciones humanas son fuente de sufrimiento y tensión, puesto que para vivir en cultura o en la sociedad es necesario reprimir ciertos impulsos (Freud, 1992b). Frente a la imposibilidad de obtener lo que se quiere, el sujeto está en la constante producción del objeto perdido y anhelado. Pero no existe objeto que sea capaz de satisfacer el deseo y es fundamentalmente reemplazable (Thibaut, 2013).

La cultura o sociedad, se compone de instituciones que se encargan de regular la conducta y reprimir pulsiones que no serían aceptadas por otros (Freud, 1992b). Es decir, la sociedad en sí, es una institución, pues a partir del control y la vigilancia de sus miembros, se crea un orden que establece relaciones entre sujetos y por ende la convivencia de unos con otros.

La represión eleva las expectativas del ideal al que el sujeto aspira (Freud, 1992b). Él trata de volver al momento imaginario de goce pleno, en donde el objeto *a* no se ha perdido. La sociedad en estos días genera este espejismo. Si el sujeto entra en este juego del tener aquello de lo que ha sido despojado, participa en una relación de goce con la institución, la cual aparentemente le ofrece este momento mítico.

En este sentido, es importante tener en cuenta que la desmentida de la falta, tiene una evolución denominada normal. Pero debe decrecer paulatinamente en el sujeto, ya que descubrirá que no es, ni tiene el objeto privilegiado (falo imaginario) (Lebrun, 2015).

En la perversión existe una relación directa y de manera provocadora con el objeto que está prohibido (falo). Se trata de exhibir continuamente lo que generalmente está enmascarado, reservado; de manera que los otros sean invitados al goce explícito que se da con el objeto. Actualmente este parece ser un comportamiento común, ya que alimenta la economía del mercado, es decir, permite que las comunidades se agrupen alrededor de un mismo objeto explícito de satisfacción (Melman, 2005).

El perverso trata de cambiar el mundo, él sabe que la castración existe, pero como él no está de acuerdo con la misma, la desmiente. Es por esto que el sujeto perverso intenta pervertir al otro, para mantenerse en su posición insostenible, el que la mujer sí tiene pene. De este modo, el neurótico, bajo la influencia de lo ofertado comparte la idea de la no castración (Thibaut, 2013). Entonces, se infiere que, la sociedad es una institución, pues paradójicamente permite organizar, controlar y vigilar la vida de los sujetos en tanto ofrece un objeto para la satisfacción imaginaria y “plena” de su pulsión a partir de la represión.

Siguiendo esta idea, se exponen autores que han teorizado en relación a lo que se escucha en el discurso social actual. Entre estos está Jean-Pierre Lebrun (2015), quien señala que debido al contexto social de hoy en día: igualitarista y neoliberal, donde la imposibilidad queda apartada; surge un sujeto que refuta la relación con el agujero, el vacío del Otro al que cada persona tiene que enfrentarse en algún momento. Él define esta situación como perversión ordinaria, puesto que el discurso social facilita que el sujeto evite cuidadosamente la falta, ya que propone el objeto de reparación a la falta estructural.

El sujeto no ha dejado de ser neurótico, pero sí es una neurosis diferente a la del tiempo de Freud y Lacan. El discurso actual generaliza la renegación, pues indica que se conoce que hay una falta, pero a pesar de eso se hará uso de un objeto como si fuera aquello que tapa el agujero (Lebrun, 2015).

La sociedad actual intenta por medio del neoliberalismo permanecer de a dos, evitando darle un lugar al tercero. Al hacer esto, se crean sujetos que han establecido defensas e incluso se han organizado en la denegación del tercero: “ya sé bien que hay que pasar al tres... pero aun así ¡dos no está mal!” (Lebrun, 2015, pág. 45). El perverso ordinario utiliza la desmentida para evitar su responsabilidad de sujeto dividido, evadir y rechazar el agujero del Otro, mientras que, en el perverso por estructura, este mecanismo es su cimientamiento (Lebrun, 2015).

(...) la perversión en un modo particular de relación con el goce, compartido por el conjunto de la humanidad, que viene a oponer un rechazo al límite que se hace al goce. Es la manera como un sujeto, en un campo preciso de su relación con el semejante, rehúsa, reniega, desmiente la imposibilidad del goce pleno y total (Lesourd en Lebrun, 2015, pág. 46).

Por otra parte, Dany-Robert Dufour (2007), en su libro “*El arte de reducir cabezas*” indica que actualmente se puede observar la destrucción del doble sujeto de la modernidad: el sujeto crítico (kantiano), capaz de razonar o juzgar, y el sujeto neurótico (freudiano) regido por la represión. Esta demolición da lugar a un nuevo sujeto “posmoderno”, uno en el cual toda referencia se ha perdido, despojado del juicio e invitado a gozar sin trabas.

Este autor señala que el mundo se está desimbolizando por el intercambio comercial que existe hoy en día, en donde aparentemente los objetos de la realidad son los que satisfacen totalmente al sujeto. El orden de lo simbólico se establece en relación al Otro y a la falta, pues le permite al sujeto pequeño (individuo) demandar y pedir una explicación: ¿por qué? ¿con qué derecho? Si el Otro fuera pleno o completo no existiría pregunta alguna, es decir, solo se es sujeto del Otro en medida que se le puede pedir cuentas u oponerle alguna resistencia. Este Otro ocupa el lugar de los sistemas simbólicos, es *imaginario* y la función simbólica solo se asegura a partir de una estructura de ficción (Dufour, 2007).

Cada cultura tiene su fantasma, un modo particular que permite afrontar la pregunta nunca resuelta del origen:

Al Otro se lo pinta, se lo canta, se le atribuye una cara, una voz, se lo pone en escena, se le da una representación e incluso una suprarrepresentación, dándole la forma de lo irrepresentable. La gente se mata por el Otro. Se hace administrador del Otro. Su intérprete. Su profeta. Él quiere ocupar su lugar. Su lugarteniente. Su escriba. Su objeto. Él quiere. Él decreta. Pero detrás de todas estas mascaradas sociales, el único interés del Otro es que, así transfigurado, soporta en nuestro lugar lo que nosotros no podemos soportar. Esa es la razón por la cual ocupa tanto lugar y exige tanto de sus sujetos. Ocupa el lugar del *tercero* que nos funda (Dufour, 2007, pág. 46).

Es decir, a partir de la falta que hay en el Otro se presenta el deseo del sujeto, inaugurando así la neurosis. Sin embargo, en la actualidad no hay grandes Sujetos (Otro), en el sentido simbólico, o sus figuras: un conjunto barrado, incompleto al cual se le pueda demandar algo. Parece ser que todos estos antiguos grandes Sujetos están disponibles, pero ninguno

tiene el prestigio para imponerse. Se piensa que la figura del Padre ha tenido un debilitamiento, pues aparentemente en estos días solo hay supuestos Otros que están llenos, no están tachados, sino completos y que de alguna forma han hecho posible reemplazar la carencia estructurante del Otro (Dufour, 2007).

Dufour (2007) señala cuatro formas de evitar la carencia del Otro:

- La banda: consiste en la formación de un grupo a partir de la imaginarización de una persona constituida por características de cuerpos distintos. En esta se anula la autonomía del sujeto, ya que todos sus miembros se fusionan en una misma entidad, la cual por lo general es la del jefe.
- La secta: tendencia que se relaciona con la elección de un sustituto que reemplaza la falta del Otro, de manera que el sujeto selecciona una especie de Otro con el fin que le dé garantías totales contra el peligro de ausencia, por ejemplo, el satanismo.
- La adicción: buscada y provocada por el Mercado, puesto que este no tiene fronteras, domina el mundo. A partir de la oferta de un producto permite satisfacer los deseos de cada sujeto, lo que funciona en el marco de la economía pulsional.
- La omnipotencia: el sujeto busca transformarse en el Otro, ocupar su lugar en donde considera que tiene el derecho de disponer de la vida y la muerte de sus semejantes, como si estuviera dotado de poderes mágicos, por ejemplo, un dictador.

Se trata, en resumen, de poner frente a cada deseo (por definición, “sin objeto”), de todo deseo, sea el que fuere (de orden cultural, práctico, estético, de distinción social, real o falsamente médico, de prestancia, de adorno, sexual...), un objeto fabricado disponible en el mercado de los bienes de consumo. (...) El relato de la mercancía presenta los objetos como garantes de nuestra felicidad y, lo que es más, de una felicidad que se hace realidad aquí y ahora (Dufour, 2007, pág. 88)

Así se observa que la manera en la que está organizada la vida social de los grupos, se encuentra una nacionalización de la estructura dada por la publicidad del mercado. Esta señala “yo quiero...”, “yo hago...”, “yo decido...” El único imperativo que se admite es el de la circulación de la mercancía, y todo lo que quiera hacer un corte o se interponga a esto es considerado una presencia no grata. “El neoliberalismo promueve actualmente un imperativo de transgresión de las prohibiciones” (Dufour, 2007, pág. 218).

El planteamiento de Dufour (2007) evidencia que en la sociedad actual se está obturando la falta del Otro por el discurso que existe ahora, lo cual apunta a una época en donde el nuevo hombre va a ser acrítico, desimbolizado y psicotizante, uno “privado de la facultad de juzgar e inducido a gozar sin desear” (pág. 233). Sin embargo, también permite hablar de perversión en el sentido que se incita al sujeto a gozar sin límites y llenar el agujero del Otro.

Marlene Aguirre (2018) señala que el sujeto busca el objeto *a* causa de deseo, algo que no se deja significar porque se acerca al campo de lo Real y este se escapa dejando un vacío, un resto con el cual el sujeto va a tener que contentarse. Es este vacío el que en la actualidad el sujeto trata de suplir u obturar. El discurso capitalista y social incita a taponar el agujero del Otro, “puedo tenerlo todo si lo puedo pagar”.

La globalización indica que todos tienen que vestirse igual, comprar las mismas cosas, que todos gozan de igual manera. “Ahora se estaría hablando de un imperativo del goce donde el deseo está desapareciendo”, se aleja al sujeto de la falta, se le trata de dar lo que este desea a cualquier costo (lo que se puede apreciar en el “Black Friday”). Todos movidos a una masa en donde el yo desaparece, donde ya no hay subjetividad (Aguirre, 2018).

En cuanto al objeto causa de deseo, Charles Melman (2005) señala que este no forma parte la realidad de la persona, que los sujetos tienen que reconocerlo como situado en lo Real. Es a partir de este objeto que se ha organizado el psiquismo de las personas, fruto del ser partícipe del lenguaje, lo que funda al sujeto su parte definitiva y al mismo tiempo secreta, ya que no es conocida por sí.

Melman (2005) plantea que en la actualidad existe una nueva economía psíquica (NEP) organizada por la exhibición del goce. Él indica que antes se solía rechazar el deseo, se lo reprimía, lo que daría cuenta de la neurosis. Sin embargo, hoy en día no se da lo mismo y se promueve la perversión, ya que se intenta suplir la falta con un objeto.

Esta nueva economía psíquica señala que el sujeto no está dividido, que no tiene referencia y constitución en el Otro, sino que es compacto, donde no es necesario determinar o elegir las acciones, puesto que estarían predeterminadas como en los animales. Solo bastaría con dejarse llevar (Melman, 2005).

Es el progreso social, manifestado en avances tecnológicos, biomédicos, el surgimiento de nuevos grupos sociales demandantes de derechos, etc., lo que permite que el sujeto entre en la NEP, ya que está en condiciones de proveer objetos reales que brinden satisfacción objetual o narcisista. “La filosofía moral de hoy en día es que cada ser humano debería encontrar en su entorno algo con que satisfacerse plenamente” (Melman, 2005, pág. 33). La sociedad ha convertido la fabricación de objetos en una exigencia.

El progreso depende únicamente de los pueblos cuya expansión económica, acelerada, magnificada, globalizada, necesita para nutrirse que se rompan las timideces, los pudores, las barreras morales, las prohibiciones. Y esto, a fin de crear poblaciones de consumidores, ávidos de goce perfecto, sin límite y adictivos. Desde ahora estamos en estado de adicción hacia los objetos (Melman, 2005, pág. 61).

La desmentida permite que las personas no se nieguen nada, no hay más cosas en el mundo que digan no. Se ha ido dominando todo, se han visto los planetas más alejados y las partes más diminutas del cuerpo humano, de manera que con el avance de la tecnología se puede seguir ampliando la posibilidad (Melman, 2005).

De esta forma se evitaría la incomodidad y sin ella no hay deseo. La promoción moderna del confort, está siendo alentada por la ciencia y potenciada por la economía del mercado, así se encuentra una defensa contra el deseo, ya que este perturba al sujeto y le crea el mayor incomfort. Así el confort se ha vuelto secuaz de la “sedación, de la inmovilidad, de la inmutabilidad” (Melman, 2005, pág. 65).

En este discurso actual, en donde prima la satisfacción inmediata a partir de objetos, se aprecia la ausencia de referencias de lazo con el Otro en el sentido de ordenar un acuerdo con el sujeto, permite que este sea sumamente sensible a todas las exigencias venidas de otros. De tal forma que el sujeto resulta ser eminentemente manipulable y manipulado, incluso cuando él ocupa el centro del sistema y pareciera decidir. Son sus elecciones, opciones, comportamientos de consumidor lo que darán la organización del mundo (Melman, 2005). Es decir, se le ha hecho creer al individuo que es él quien decide cuando en realidad solo está respondiendo a lo que el mercado le ha impuesto, gozar de algún o algunos objetos.

Antes el reconocimiento se daba por cierto número de cualidades, al tenerlas el estatus era admitido y definitivo. Ahora el sujeto capitalista, aquel que busca satisfacerse con un

objeto de la realidad o algo representable, corre tras este reconocimiento, pero este tiene modelos en el devenir propio de la economía, de manera que el sujeto corre el riesgo de desaparecer, ya que esta identidad vale solo en la mirada del semejante, es confirmada temporalmente por un efecto de masa como el reconocimiento público, pero no es definitivamente adquirida (Melman, 2005).

Las comunidades se han reunido alrededor de un mismo goce, lo que da cuenta que el lazo social es muy débil. El liberalismo y el libre intercambio tienen influencia subjetiva en quienes participan de su instalación y lo promueven, puesto que el progreso que se daba en el sistema era el de un pacto en solidaridad de otro. No obstante, ahora domina el contrato y organiza los conflictos de los participantes, sus competencias, sus traiciones, etc. (Melman, 2005).

Este triunfo del liberalismo genera una mutación en la relación con el semejante, rompe la solidaridad en provecho de la competencia y la agresividad. De ahí surgen las reacciones sangrientas, violentas, terroristas, de grupos que son ubicados como los perdedores en este nuevo reparto que tratan de poner en su lugar las solidaridades ancestrales, pero cayendo en medios agresivos (Melman, 2005).

Este es el dispositivo que subvierte la mutación cultural introducida por el liberalismo económico alentando un hedonismo desbridado. De esta manera, no es más una economía psíquica centrada sobre el objeto perdido y sus representantes la que está avalada; por el contrario, es una economía psíquica organizada por la presentación de un objeto en adelante accesible y por la realización hasta su término del goce (Melman, 2005, pág. 199).

La NEP ha permitido que un nuevo hombre llegue, el cual participa en una “sociedad cuyo único rasgo de identidad está sostenido por esta comunidad de goce, la de un objeto en adelante disponible para nuestra aldea global” (Melman, 2005, pág. 200). El sujeto no se organiza a partir de la pérdida, sino de la presencia, de que ahora el objeto de goce es accesible. El “hombre nuevo” puede identificarse con este objeto, como objeto de goce, como aquel que hace gozar al Otro (Melman, 2005), dando cuenta de la desmentida a partir del discurso social, como si el sujeto fuera el falo imaginario.

Ya no se establece el deseo, ni la elección de objeto a partir de una identidad específica, sino que ahora la promoción mediática es la que impone el objeto, que incita un afán identificable por la marca del producto (Melman, 2005). La elección del objeto ya no se

fabrica a partir del ideal al que se aspira, sino que tanto el ideal como el objeto ya están impuestos por el mercado y lo único que hay que hacer es conseguirlos.

Es por la idea de la infinita posibilidad, de la no falta que se escucha en el discurso social de los grupos, que el sujeto puede escribir, decir o hacer algo ante su falta. Es difícil señalar que debido al discurso actual de las instituciones se promueva la estructura perversa, pero es posible que se suscite la manifestación de rasgos perversos en los sujetos, puesto que el rasgo es transestructural, es decir que se puede presentar en estructuras neuróticas. Es por esto que Melman (2005) señala que “la perversión se convierte en una norma social” (pág. 59), el superyó (instancia psíquica encargada de juzgar en base a mandamientos interiorizados por el sujeto y que prescribe el goce porque no todo puede ser placer) se encarga de aplicar la norma, y el exceso se ha convertido en la nueva norma, el goce es el nuevo mandato (Melman, 2005).

Durango (2003) introduce el término de *pervertibilidad* para señalar que “el sujeto neurótico bajo ciertas formas donde halle aquello de lo que él fue despojado y por lo que realmente se encuentra deseante, se instale en una instancia imaginaria de goce, más allá de un placer” (pág. 75). Lo cual puede evidenciarse en la actualidad, pues existirán sujetos que creen que formando parte de un grupo dentro de una institución se puede alcanzar el objeto *a* del cual han sido alejados, cuando en realidad lo ofertado es tan solo un semblante, lo que significa que este objeto se desplaza, cambia, se transforma, y los integrantes de la masa siguen buscando el encuentro de completud.

El discurso que viene del mercado, del capitalismo, del neoliberalismo, sugiere que estos son las nuevas instituciones a partir de las cuales se forman los grupos de personas. Son amos sostenidos en un saber atribuido por los sujetos, pues ellos saben que dichas instituciones pueden producir aquello que les procure satisfacción. No obstante, una vez que los seres hablantes forman parte de la institución y obtienen algún objeto fetiche, se dan cuenta que el placer es momentáneo y buscan uno nuevo. Lo que da cuenta que en realidad no se puede suplir al objeto *a*, pero la sociedad incita a seguir buscándolo y gozar sin límites, a partir del interés que se despierta en el *parlêtre* al mostrarle el falo. Obtener lo que falta a toda costa, sin importar qué y cómo, de esto da cuenta el discurso de la histórica, pues levanta constantemente al amo, en búsqueda de una respuesta para el agujero del Otro.

Melman (2005) señala que hasta hace un tiempo los psicoanalistas eran sensibles a una clínica organizada por la represión, ahora se ha pasado a otro régimen en donde el deseo no solo está reprimido, sino que las manifestaciones del goce son las que dominan, las que deben dominar. Debido a la falta de referencias el sujeto está desorientado y sufre, parece ser que la respuesta a la pregunta: ¿qué quieren de mí?, es mucho más ambigua que en otros momentos históricos. Ahora en una sociedad donde el goce prima, donde existe el espejismo de que todo es posible, ¿cuáles serán los sujetos de la clínica? ¿Será que los seres hablantes tratan de ser amados, se hacen miembros de diversos grupos con el fin de ser reconocido por algún Otro, por medio de un objeto que el mercado oferta para así llegar al ideal impuesto, de manera que, en la búsqueda a esta respuesta, están dispuestos a gozar sin límites?

Los autores señalados en este apartado indican que, en los sujetos de la postmodernidad se va a explorar nuevas formas de neurosis apoyadas por el discurso de las instituciones. La posibilidad de realizarlo todo da cuenta no solo de la desmentida, sino también de la forclusión de la autoridad, donde el goce predomina antes que el deseo. Los sujetos se han institucionalizado en un modelo perverso sin siquiera darse cuenta. Esto permite cuestionarse sobre la posibilidad de que en las nuevas generaciones se manifiesten mayor cantidad de rasgos perversos y psicóticos, sostenidos por el discurso social que hay en las instituciones.

CONCLUSIONES

En este escrito se ha relacionado la estructura perversa y las instituciones. La perversión es el resultado del complejo de Edipo y permite que el sujeto se relacione de algún modo con los otros. En este caso el mecanismo fundante es la desmentida, pues es así como se niega la diferencia sexual y por ende la falta, la inconsistencia del Otro.

Es importante tener en cuenta la diferencia entre un sujeto neurótico y uno perverso. En el primero surge el deseo a partir de la represión, mientras que en el segundo no hay deseo como en el neurótico, sino una voluntad de goce, lo que el perverso quiere es hacer gozar al Otro. Es así que en la perversión el sujeto se presente como instrumento del Otro, para intentar ser el falo imaginario y tapan el agujero estructural, desmintiendo la castración.

El psicoanálisis ha dado cuenta que la vida social y la individual no están separadas, sino que al relacionarlas existe una continuidad, un pase de la una a la otra. Esto se indica debido a que el sujeto se va organizando en la relación con los demás, de manera que establece un lazo con sus semejantes. Entonces, se puede hablar de mecanismos fundantes de las estructuras psíquicas no solo en lo individual, sino también en lo social, es decir, la represión, la desmentida y la forclusión pueden ser apreciadas en las instituciones a partir de la vida social de los grupos que las conforman.

Una institución es un organismo que tiene una regularización para llegar a un fin, de manera que los sujetos que conforman una de ellas es un grupo. A partir de la regla, la norma o la ley establecida, que se da por el lenguaje, se marcan relaciones y los miembros del grupo se identifican, diferencian y establecen ligaciones entre ellos. De este modo, los integrantes se relacionaran los unos a los otros. Por esta razón, se puede pensar en la sociedad como una institución, pues es posible que la conducta de los sujetos se modifique o no en cierta medida de acuerdo al discurso escuchado en la misma.

Los individuos ingresan a las instituciones ya sea por deseo propio o incluso sin notarlo, de manera que se hacen partícipes de lo que esta oferta. La sociedad en tanto institución manifiesta diversos discursos que responden al del amo, pues se le atribuye un saber, el de no estar dividido y por ende la aparente producción del objeto de deseo. Esto crea en los sujetos una ilusión de que todo es posible, que no hay cosa que el sujeto pueda impedirse.

No obstante, la verdad es que el sujeto está barrado y que no se va a llegar a tener aquel objeto que despierta el deseo en el *parlêtre*.

Los sujetos se ubicarían en el discurso de la histórica, pues desean saber cuál es el objeto perdido para estar completos. Una vez que el mercado, el capitalismo, la democracia, da un objeto, una idea, en sí un producto, los miembros de la institución se dan cuenta que esto no era lo que deseaban pero siguen demandando la búsqueda de aquello que consideran que han perdido. Lo ofertado da cuenta de un ideal al que el sujeto aspira por ende se explica su constante intento de alcanzarlo. De esta forma las instituciones muestran aparentemente el objeto *a* o sus sustitutos, lo que puede ser traducido en un intento de obturar el agujero del Otro, y por ende da cuenta de formas de desmentir a partir del discurso social.

La vida en sociedad, por medio de sus instituciones, puede ser pensada desde un modelo perverso, no en el sentido de una estructura, sino en la posibilidad de observar el mecanismo fundante de la perversión: la desmentida. A los sujetos se les muestra un objeto, o se les oculta el secreto con el cual serían “totalmente felices”, de modo que, el interés despertado en ellos hace que den su tiempo, su dinero, incluso su cuerpo para alcanzar el objeto que en apariencia les dará un goce pleno. Sin embargo, una vez alcanzado se dan cuenta que no era eso lo que buscaban, pues este objeto es imaginario, se desplaza; y así siguen buscándolo. Por esta razón se puede indicar que en el *parlêtre* puede surgir su rasgo perverso, ha sido pervertido; y ha entrado en una relación imaginaria de goce en la que cree que puede obturar la falta, pero es posible que en esta búsqueda lo que haya encontrado es sufrimiento, pues el placer se ha excedido y la tensión constante es la que mueve al sujeto a buscar con que calmarla.

Ahora, se vive en una sociedad en donde todo está regulado, con las normas y reglas existentes la adaptación a la institución es muy fácil, pues todo parece estar muy bien organizado y el sujeto se acopla a lo establecido. Lo mismo sucede con los discursos que imparten un espejismo de completud, en donde el Otro no tiene falta, están en el diario vivir, puede ser observado en la televisión, la radio, redes sociales; y de este modo los sujetos pueden hacerse partícipes de ellos sin siquiera notarlo. Paradójicamente, la norma no ha generado solamente represión, sino que ha abierto caminos para otros mecanismos defensivos para la castración como la desmentida o forclusión.

A pesar de la ilusión del todo se puede, a los avances científicos que de algún modo contribuyen en la vida de las personas, siguen existiendo enigmas, preguntas sin resolver, enfermedades que no tienen cura, la inevitable muerte. La imposibilidad está presente pero tal vez se ha visto nublada por un espejismo de completud. Esto no quiere decir que la sociedad está o estará llena de perversos, sino que a partir del discurso actual es posible apreciar la desmentida en sucesos observables del diario vivir.

Estos planteamientos llevan a indicar que el psicoanálisis no se encarga de dar una valoración moral con respecto al progreso que se ha dado a partir de los avances tecnológicos. No obstante, sí lleva a pensar y a estudiar la forma en que el discurso se presenta y los efectos que producen en el sujeto. Por lo tanto, surge la siguiente pregunta: ¿Es el constante impulso por el saber y los avances que este conlleva, aspectos que pueden debilitar la función del Nombre del Padre dejando a los sujetos sin demandas hacia el Otro?

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre, Marlene. *El Psicoanálisis y la locura: una psiquiatría lacaniana para una clínica contemporánea*. Encuentro llevado a cabo en Alianza Francesa de Quito el 5 de junio del 2018.
- Bravo, D. (2017). El Comercio: Alumnas de academia de ballet denuncian que fueron víctimas de violencia sexual. Recuperado de: <https://www.elcomercio.com/tendencias/alumnas-ballet-quito-victimas-violenciasexual.html>. Acceso: 10/10/2018.
- Castanet, H. (2014). *La perversión*. Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Chemama, R. & Vandermersch, B. (2010). *Diccionario del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Czermak, M. (1987). *Notas acerca de las perversiones en su relación con la vida de los grupos en "Estudios psicoanalíticos de la psicosis"*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.
- Dor, J. (1989). *El Padre y su Función en Psicoanálisis*. Buenos Aires: Nueva visión.
- Dor, J. (1995). *Estructura y perversiones*. Buenos Aires: Editorial Gedisa.
- Dufour, Dany-Robert. (2007). *El arte de reducir cabezas. Sobre la servidumbre del hombre liberado en la era del capitalismo total*. Buenos Aires: Paidós.
- Durango, M.I. (2003). *Relación de la estructura perversa con el poder político*. (Tesis de grado). Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Quito.
- Eiguer, A. (2018). *Desarrollos recientes en el estudio de las perversiones morales*. Recuperado de: <https://uces.edu.ar/iaepcis-instituto-de-altos-estudios-en-psicologia-y-ciencias-sociales/es/1238/desarrollos-recientes-estudio-perversiones-morales-alberto-eiguer>. Acceso: 28 de marzo del 2018.
- El Comercio. (2018). *Cedhu registra 51 femicidios en Ecuador hasta el 3 de julio del 2018*. Recuperado de: <https://www.elcomercio.com/actualidad/cedhu-femicidios-ecuador-muerte-mujeres.html>. Acceso: 10/10/2018.

- El Universo. (2017). *Los casos de femicidio en 2017 en Ecuador*. Recuperado de: <https://www.eluniverso.com/noticias/2017/11/24/nota/6493684/casos-femicidio-2017-ecuador>. Acceso: 10/10/2018.
- Evans, D. (2007). *Diccionario introductorio de psicoanálisis Lacaniano*. Buenos Aires, Paidós.
- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión (1975)*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Freud, S. (1991). Tótem y tabú. En J.L. Etcheverry (trad.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. 13, pp.1-164). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1913-1914).
- Freud, S. (1992a). El fetichismo. En J.L. Etcheverry (trad.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. 21, pp.141-152). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1927).
- Freud, S. (1992b). El malestar en la cultura. En J.L. Etcheverry (trad.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. 21, pp.57-140). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1930).
- Freud, S. (1992c). El yo y el ello. En J.L. Etcheverry (trad.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. 19, pp.1-66). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1923).
- Freud, S. (1992d). Esquema del Psicoanálisis. En J.L. Etcheverry (trad.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. 23, pp.133-210). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1938).
- Freud, S. (1992e). La escisión del yo en el proceso defensivo. En J.L. Etcheverry (trad.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. 23, pp.271-278). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1938).
- Freud, S. (1992f). Psicología de las masas y análisis del yo. En J.L. Etcheverry (trad.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. 18, pp.63-136). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1921).

- Freud, S. (1992g). Pulsiones y destinos de pulsión. En J.L. Etcheverry (trad.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. 14, pp.105-134). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1915).
- Freud, S. (1992h). Sobre las teorías sexuales infantiles. En J.L. Etcheverry (trad.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. 9, pp.183-202). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1908).
- Freud, S. (1992i). Introducción al Narcisismo. En J.L. Etcheverry (trad.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. 14, pp.65-104). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado 1914).
- Fundación del Campo Freudiano. (1990a). Acto perverso y fantasma. En *Rasgos de perversión en las estructuras clínicas* (pp. 200-204). Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Fundación del Campo Freudiano. (1990b). Fantasma y rasgo perverso. En *Rasgos de perversión en las estructuras clínicas* (pp. 92-94). Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Fundación del Campo Freudiano. (1990c). Rasgos de perversión en las estructuras políticas. En *Rasgos de perversión en las estructuras clínicas* (pp. 371-376). Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Lacan, J. (1987). El inconsciente Freudiano y el nuestro. En J. L. Delmont-Mauri & J. Sucre (trad.), *Seminario XI: Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis* (pp.25-36). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado 1964).
- Lacan, J. (1999a). El significante, la barra y el falo. En E. Berenguer (trad.), *Seminario V: Las formaciones del inconsciente* (pp.343-362). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado 1958).
- Lacan, J. (1999b). El sueño del a bella Carnicera. En E. Berenguer (trad.), *Seminario V: Las formaciones del inconsciente* (pp.363-378). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado 1958).

- Lacan, J. (1999c). La metáfora paterna. En E. Berenguer (trad.), *Seminario V: Las formaciones del inconsciente* (pp.165-183). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1958).
- Lacan, J. (1999d). Los tres tiempos del Edipo. En E. Berenguer (trad.), *Seminario V: Las formaciones del inconsciente* (pp.185-202). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado 1958).
- Lacan, J. (2002a). El estadio del espejo como formador de la función del yo “je” tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En T. Segovia (trad.), *Escritos I: Jacques Lacan* (pp. 86-93). México: Siglo XXI Editores S.A. (Trabajo original publicado 1977).
- Lacan, J. (2002b). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En T. Segovia (trad.), *Escritos I: Jacques Lacan* (pp. 227-310). México: Siglo XXI Editores S.A. (Trabajo original publicado 1953).
- Lacan, J. (2002c). Más allá del principio de realidad. En T. Segovia (trad.), *Escritos I: Jacques Lacan* (pp. 67-85). México: Siglo XXI Editores S.A. (Trabajo original publicado 1956).
- Lacan, J. (2008a). El símbolo Φ . En E. Berenguer (trad.), *Seminario VIII: La transferencia* (pp.269-284). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado 1960).
- Lacan, J. (2008b). Psique y el complejo de castración. En E. Berenguer (trad.), *Seminario VIII: La transferencia* (pp.253-268). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado 1961).
- Lacan, J. (2009). El hombre y la mujer. En N. González (trad.), *Seminario XVIII: De un discurso que no fuera del semblante* (pp.23-36). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado 1971).
- Lacan, J. (2015a). Kant con Sade. En T. Segovia (trad.), *Escritos 2: Jacques Lacan* (pp. 727-754). México: Siglo XXI Editores S.A. (Trabajo original publicado 1962).
- Lacan, J. (2015b). La significación del falo. En T. Segovia (trad.), *Escritos 2: Jacques Lacan* (pp.653-662). México: Siglo XXI Editores S.A. (Trabajo original publicado 1958).

- Lacan, J. (2016a). Del complejo de castración. En E. Berenguer (trad.), *Seminario IV: La relación de objeto* (pp. 217-232). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado 1957).
- Lacan, J. (2016b). La función del velo. En E. Berenguer (trad.), *Seminario IV: La relación de objeto* (pp. 153-166). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado 1957).
- Lacan, J. (2016c). La identificación con el falo. En E. Berenguer (trad.), *Seminario IV: La relación de objeto* (pp. 167-180). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado 1957).
- Lebrun, Jean-Pierre. (2015). “La perversión ordinaria... ¡aún!”. *Desde el Jardín de Freud 15: pág.: 37-47*. Doi: dfj.n15.50485.
- Leguil, F. (1989). “Rasgos de perversión”. *Revista Escansión. No. 2. Pág.: 7-27*. México: Manantial.
- López, F. E. (2013). *Psicoanálisis y perversión*. México, D.F., MX: Plaza y Valdés, S.A. de C.V.
- Melman, C. (2005). *El hombre sin gravedad. Gozar a cualquier precio*. Rosario: Editorial de la Universidad Nacional de Rosario.
- Oxford University Press. Oxford Dictionaries. (2018). *Definición de institución en español*. Recuperado: <https://es.oxforddictionaries.com/definicion/institucion>. Acceso: 10/10/2018.
- Pardo, M. (2006). “La perversión como estructura”. *Límite. Revista de Filosofía y Psicología. Volumen 1, N° 13, pág. 169-193*.
- Serrano, A (2017). *Horror en el Sexto C. La Hora*. Recuperado: <https://www.lahora.com.ec/noticia/1102087359/horror-en-el-sexto-c>. Acceso: 10/10/2018.
- Surmani, F. (2014). “Noción de falo simbólico en Lacan. Su distinción de la noción de *significante fálico*”. VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXI Jornadas de Investigación Décimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología-

Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. (2014). Recuperado de:
<https://www.aacademica.org/000-035/728.pdf>

Thibaut, M. (2013). *Seminario Psicoanálisis y Antropología en Trayectoria*. Quito:
Rayuela. Gino Naranjo compilador.

Verhaeghe, P. (1999). *¿Existe la mujer? De la histeria de Freud a lo femenino en Lacan*.
Buenos Aires: Paidós.